



M. J. MARAVEND

LA TRANSFORMACIÓN
DE LILITH

Trilogía Magia del amor

LIBRO II

La transformación de Lilith

M. J. Maravend

La transformación de Lilith
M.J. Maravend

Todos los derechos

©M.J.Maravend, 2017

Diseño de cubierta: H. Kramer

Fotografía: Subbotina Anna/ Shutterstock.com

Primera edición: Marzo 2017

ISBN-13: 978-1544657400

ISBN-10: 1544657404

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

A mis amigos del trabajo, del alma y de la vida, mis primeros lectores.

A Camila Winter, por su ayuda incondicional.

Al Altísimo.

Al Flaco.

A mi mamá, por creer siempre en mí.

La transformación de Lilith.

Hay gente que nace con estrella y otra, estrellada.

No tenía belleza, ni siquiera mis ojos grises llamaban la atención. Sólo mi inteligencia era valorada por mi familia, mis amigos y mis profesores que me pronosticaron un futuro brillante. “Serás médica”, dijo mi papá un día que tuve la inocente idea de informarle que me gustaba cuidar enfermos. En realidad me imaginaba ejerciendo como enfermera. “No, no. Los Álvarez somos triunfadores. Y vos te vas a recibir de médica.”

¿Qué los Álvarez eran triunfadores? ¡Por supuesto que sí! Yo era la menor de cuatro hermanos. Las mayores de la familia eran las gemelas, Laura y Greta, hermosísimas y deportistas, además codiciadas por los chicos y reinas de popularidad del colegio inglés donde estudiaron. Después le siguió nuestro hermano Juan, que no sólo era muy apuesto, con unos ojos azules sensuales, sino también dueño de una sonrisa conmovedora y dulce, y las chicas caían a sus pies como moscas. Todas eran para él: morochas, rubias y pelirrojas. Y luego, yo: “Lilia no fue esperada, nació por accidente” decían mis padres a quienes quisieran oírlos.

Siempre tuve un cabello abundante, de tono rubio ceniza y muy fino, parecía electrificada, como un gato que hubiera tocado un enchufe. Mi nariz no era respingada como las de mis hermanos, sino recta y un poco grande, y mis labios desprovistos de gracia. El color de mis ojos, en cambio, fueron una sorpresa: grandes y grises. Pero según mis padres no comunicaban demasiado, eran fríos como dos piedras sacadas del

mar, o del freezer, corregían después.

Como era de prever, me sentí inferior frente al talento y brillo de mis hermanos, por su belleza y carisma, además nadie me prestaba atención. Por eso me volví insegura, casi solitaria y me refugié en mis estudios. Siempre estuve en el cuadro de honor, obtuve medallas y diplomas, pero para mi familia eso no era emocionante ni significaba un triunfo, ya que vivía encerrada estudiando, y, además no tenía vida social. A los quince años alcancé la estatura definitiva y con mi metro setenta me sentí un pájaro largo y flaco porque no tenía pecho y mis piernas eran demasiado delgadas. Jamás fui popular, ni invitada a bailes por chicos.

A los diecisiete terminé la secundaria y estaba ávida por retirarme de la pequeña ciudad donde vivía, tal vez en la gran capital mi suerte cambiaría. Alentada por la posibilidad de que en Buenos Aires mi vida daría un giro afortunado, mis padres alentaron mi decisión. Pues no fue así.

Me mudé con mi prima Nadina a un departamento de tres ambientes en el corazón de Flores. Nadina alquilaba antes un monoambiente pero estaba harta de las expensas altas, del viejo calefón que se le apagaba con el viento y del grupo de amigos universitarios que vivían en el departamento de al lado y como hacían fiestas todas las noches, no podía estudiar.

Nadina, era linda, muy linda y con una dulzura que conmovía a cualquiera. Vivía de novia y todos se enamoraban de su porte de hada, de su voz tierna y de aquella sonrisa llena de luz. Sus ojos eran pequeños y verdes, pero al contrario de los míos reflejaban sentimiento, Nadina se preocupaba siempre por los demás y cuando me mudé con ella, y mi valija repleta de infortunio, quiso ayudarme prestándome el oído. Pero, producto

de tanto rechazo me volví dura y fría, así que no le di calce para que me brindara sus consejos repletos de conmiseración.

Pese a estar acostumbrada a la indiferencia masculina, pensé que la suerte me cambiaría en la gran capital. ¡Oh, ingenua de mí! Había muchos candidatos, y Medicina era una facultad repleta de solteros y futuros médicos, pero ninguno me tomó en serio porque signifique sólo un plan de fin de semana en medio de los parciales y las residencias. ¿Y después? ¡Adiós! ¡Se, fue, voló! Me pasó con los lindos, los normales y con los nada agraciados. Todos se iban detrás de otras chicas y, lo peor, sufrí la incertidumbre de esperar un llamado o un mensaje que nunca llegó después de pasar una noche fabulosa. Jamás, jamás hubo nada.

—¿Estás triste hoy?

Mi prima Nadina, una arquitecta recién recibida, estaba confeccionando una maqueta para un nuevo proyecto. Pese a estar ocupada, tenía tiempo para preocuparse para mí.

—No. Me duele la cabeza— dije con aparente indiferencia.

—Vení que te hago un té. Estás estudiando mucho.

En esa ocasión acepté el té de hierbas.

—Contame qué te pasa.

—Nada— dije pasándome una mano por la cara.

—No me mientas.

—¡Nadina, dejame en paz!

¡Blam! Portazo en la cara.

Así fueron pasando varios años. Estudié durante fines de semana enteros mientras mi prima cambiaba de novio y me recibí con uno de los mejores promedios de la facultad. Más tarde entré a trabajar en un hospital por recomendación de uno de los profesores y jefe de Cátedra, el doctor Lara. Mi proyecto era seguir la residencia en cardiología.

No miraba a Nadina para que no se trasluciera mi envidia. Ella, tan bonita, con esa sonrisa repleta de luz y caminaba como si estuviera deslizándose por el piso en lugar de arrastrar su persona por las calles, como yo lo hacía, con la cara de culo más memorable de la tierra.

Pero en mi segundo año como médica residente me pasó lo inevitable: conocí a alguien que me lanzó al abismo. Gonzalo hacía la residencia para neurología y se fijó en mí. Fue Nadina quien me hizo notar aquel milagro.

—Te mira mucho, me parece que le gustás.

Ese día Nadina se tomó el día libre en la constructora y fue a buscarme para tomar un café en una de las cantinas cercanas al hospital.

—¿Qué mira? ¿A quién?

—¡A vos, nena!

Me parecía increíble que eso sucediera cuando me veía tan carente de atractivo, con esas marcas en la cara y el pelo tan revuelto. Nadina me prestó un espejo de mano y cuando me observé pegué un grito de espanto.

—Ay, Lilia. No seas tan exagerada. Te ves bien.

Sí, me veía bien, pensé con ironía. Y usé el espejo para espiar al tipo que tenía la vista fija en mí. Tez mate, ojos oscuros, sonrisa sexy...nada mal.

Antes de abandonar la cantina junto a sus amigos, pasó por nuestra mesa y me guiñó un ojo, le respondí con una sonrisa de tonta, y lo vi abandonar el lugar: jeans claros, mocasines y camisa leñadora ajustada en la espalda. Una espalda perfecta, hombros amplios. ¡Tan sensual!

—Qué bueno que está— comentó Nadina.

Yo apenas la escuché.

Pasaron dos semanas y no me crucé nunca con aquel tipo, pero pude averiguar por una compañera del hospital que se llamaba Gonzalo Mendizábal y tenía veintiocho años.

—Es súper inteligente además de lindo. ¿Te gusta?

—No, es que no sabía quién era— dije escondiendo la cabeza como una tortuga.

Ella quiso seguir indagando, pero la corté en seco diciendo que debía ir a ver a un paciente, lo cual era cierto. Me alisé mi delantal de médica y salí corriendo.

Gonzalo hizo sonar la punta de los dedos sobre la tapa de uno de mis libros y tomó una actitud reflexiva cuando me encontró leyendo en la biblioteca. Observé su perfil: nariz recta, labios gruesos y sensuales, barba incipiente. Era el pecado hecho hombre.

—¿Y hoy qué tenés que hacer? Es viernes.

¿Hacer? Engalanarme con el pijama, ponerme mis medias de los colores del arco iris y hacer zapping con el control remoto. Un plan muy excitante.

—¿Salimos?

—Yo...

—Claro, estás ocupada— dijo al verme tan confusa— Con esos ojos tan lindos, seguro que tendrás varias invitaciones. ¿Son grises o plateados?

—No es por eso.

—Me parece muy bien. Paso por vos a las diez, así que dame la dirección de tu casa. ¿O tenés otros planes?

—No tengo otros planes.

—Listo, paso por tu casa a las diez.

Antes de que pudiera reaccionar, me escuché dándole la info para que fuera a buscarme.

—¿Entonces a las diez, preciosa? Estate linda para mí. Chau.

Me dio un beso en la mejilla, cerca de la comisura de la boca.

—Chau— dije a la nada porque él ya se había ido.

En mi placard había nada más que pantalones, remeras cerradas y zapatillas.

—No, no. Esto no sirve.

Nadina desplegó mi vestuario completo en la cama. Revolvió y examinó todo con detalle.

—¿Y esa musculosa blanca?— pregunté con tacto.

—Es muy deportiva. Dejá que te preste uno de mis vestidos.

—Vestido, no— pedí desesperada.

—Vestido sí. No pensarás salir cómo vas al trabajo.

Tenía razón, si un tipo como Gonzalo me invitaba a salir no podía caer con la misma facha con la que andaba todos los días, así que dejé que Nadina me arreglara el pelo, me maquillara y me diera uno de sus vestidos. Era corto, quizás demasiado para mi gusto, de color champagne y zapatos al tono.

—Te ves linda, prima. Hice un buen trabajo con tu cara— dijo cuando terminó de maquillarme.

Al mirarme en el espejo de su cuarto me di cuenta de que tenía razón: Nadina había disimulado las marcas de los granos que tenía en las mejillas a tal punto de que se notaban muy poco y con la sombra oscura sobre mis párpados superiores hizo que mis ojos se destacaran.

—Tus ojos son tan hermosos y expresivos, Lili.

No era verdad, mi mirada siempre me pareció demasiado dura, pero gracias al rímel y al delineado negro, me pareció que estaba más linda que nunca.

—Qué linda que estás, bebé.

Odié sentir mi risa de nena tonta cuando subí al auto de Gonzalo.

—¿Dónde querés ir?

—Donde quieras.

Gonzalo me tocó la cara.

—¿Siempre sos así de tímida? Me encanta.

—Gracias.

—Vamos a tomar una cerveza y a comer una pizza. Después podemos ir a casa, ¿qué te parece?

—Sí— otra vez la voz de nena tímida.

Gonzalo me llevó a una pizzería en Palermo. Estaba llena de gente y al entrar me sentí insegura con los tacos y mi aspecto. ¿Y si había algún conocido del hospital? Quería morirme al notar que en una mesa en la punta del lugar un grupo bullicioso saludaba a mi acompañante a los gritos.

—¿Te gusta? Mirá que si te molesta que estén los pibes nos vamos para otro lado— dijo Gonzalo en tono de disculpa.

Le dije que estaba bien, que la banda del hospital no me molestaba para nada. Pero procuré tomar cerveza y comer con la mayor tranquilidad posible. Gonzalo se admiró.

—Me gusta que comás bien y no te inhibas, no como la mayoría de las minas que tienen miedo de engordar. Igual estás bárbara.

Como íbamos por la cuarta botella de cerveza, ya me sentía muy alegre. Por eso, ni siquiera pensé en que estuviera mal que por debajo de la mesa acariciara la pierna de Gonzalo.

Su cara de satisfacción fue muy elocuente.

—¿Querés postre?

—No, te quiero a vos como postre— era la verdad. ¿Para qué andar con vueltas? El alcohol me voló la poca vergüenza que me quedaba.

Me agarró de la mano y dejó al descubierto mi palma, haciendo dibujos con el dedo índice. Era una caricia bastante inocente pero a la vez muy seductora.

—Yo también quiero que seas mi postre. Vamos a mi casa.

Sin soltar mi mano llamó al mozo y pagó la cuenta. Después casi salimos huyendo de la pizzería. La banda del hospital seguía ocupando la mesa larga, pero apenas nos

miraron para saludarnos.

El trayecto en auto duró diez minutos, Gonzalo vivía en un coqueto edificio de Belgrano. Cuando entramos a su departamento, me ofreció tomar algo.

—Solo agua.

Moría de sed y quería saciarla lo más rápido posible antes de saciar otro tipo de apetito con él. Mientras tomaba el agua, Gonzalo se situó detrás mío para besarme el cuello.

Dejé el vaso en la mesada de la cocina y lo besé. Fueron besos llenos de deseo, de ansias de seguir lo que habíamos comenzado. Cada beso suyo me quitó la respiración. Fue delicioso sentir sus labios carnosos y su lengua.

—¿Querés que vayamos a mi cuarto así te saco todo?

Busqué el cierre del vestido en mi espalda y me lo saqué, quedando en ropa interior.

—Sacame todo.

—Cómo te desinhibe el alcohol. Vení.

Me tomó en brazos y, mientras nos seguimos besando, me tiró en la cama. Más besos y caricias osadas. Cuando hurgó en mi interior con un dedo, suspiré excitada.

—Estás a punto, Lili. Quiero entrar en vos.

El sexo con él fue increíble. No me preocupó si me veía fea o poco deseable. Practicamos diferentes poses sexuales y una fue más excitante que la anterior. Gonzalo era un amante extraordinario, nada egoísta y siempre preocupado no sólo por su propio goce sino también por el mío.

—Esto no me lo esperaba—dijo en voz baja cuando descansábamos en su cama

después de tener sexo dos veces.

—¿Qué?

—Nada, bebé.

Empecé a acariciarlo de nuevo pero me rechazó con dulzura.

—Mañana tengo entrenamiento de rugby con los pibes, así que no quiero estar detonado. ¿No te molesta, bebé?

Me molestó y mucho, pero ya eran las cuatro de la mañana y también estaba muy cansada. Cuando una hace algo más excitante un viernes que practicar zapping empantufada, se agota. Doy fe de eso.

No soportaba tener los zapatos puestos y además me sirvió para entrar con el mayor sigilo posible a mi casa.

—¿Cómo te fue en la cita?—dijo Nadina apareciéndose de repente.

—¡Casi me matás de un susto!

Nadina estaba tomando unos mates mientras preparaba unos bosquejos para un nuevo proyecto.

Le conté todo y se puso contenta.

—Después la seguimos porque tengo que ir a laburar. Y ese chico está loco por vos, Lili. ¡Es genial!

Se fue al trabajo y yo a la cama. Me desperté con el sonido de mi celular con mensajes de *whatsapp*. Miré el reloj de la mesita de luz: las tres de la tarde. ¿Cómo había dormido tanto? Tenía que ponerme a estudiar. Salté de la cama y busqué apuntes. El teléfono volvió a sonar con una llamada.

—Hola, bebé.

—Hola, Gonza.

—¿Qué hacías?

—Por ponerme a repasar, es re tarde.

—Yo recién vengo de practicar rugby con los pibes. ¡En qué estado me dejaste, mi amor! Me duele todo. Escuchame: ¿hacés algo esta noche?

—Estudiar.

—Eso lo podés hacer mañana que no tenés guardia. ¿Querés pasar por casa?

Mis excusas no sirvieron de nada, Gonzalo era muy insistente. Aunque yo no puse demasiada resistencia. Quedamos en que pasaría por la casa a las diez de la noche.

Durante el resto de la tarde quise concentrarme en mis apuntes pero no logré hacer nada más que recordar las caricias de Gonzalo, sus besos y sus gemidos de placer. Con la mirada perdida en el infinito sin dedicarle un solo vistazo a mis apuntes, así me encontró Nadina cuando volvió del trabajo.

—¡Hey! Ya levantada y estudiando.

—*Nah*, Gonza quiere verme y necesito ropa. Ah, ¡y no estudié una mierda!

Nadina se rió a carcajadas y, muy amablemente, empezó a buscar ropa en su placard. Extraña burla del destino, porque en poco tiempo sería yo la que estaría en su lugar: prestándole ropa para una cita que le cambiaría por completo la vida.

—Pasá— dijo Gonzalo por el portero eléctrico.

En el espejo del ascensor inspeccioné mi aspecto: zapatos, bien; vestido, muy bien; cara, excelente, sin un grano a la vista y tapados de manera estratégica con maquillaje;

labios rojos, aceptable. Pelo atado en una cola de caballo porque con la humedad que había sería el rey león.

El departamento estaba iluminado con velas. Ofrecí mi mejilla al dueño de casa pero él me partió la boca de un beso.

—Vos estás cada vez más linda, bebé. Pasá y ponete cómoda.

Los acordes de un tema de jazz en un solo de saxo inundaban el departamento. Gonzalo agarró mi cartera y la tiró a un rincón desconocido del living. Rodee su cuello con mis brazos y me olvidé del resto. Todo era él, él, él.

Nos sacamos la ropa y me cargó hasta a la cama. Esta vez llevé yo el control, lo desnudé por completo y luego de hacer un camino de besos desde su cuello hasta el abdomen, me permití ir más allá.

—¡Bebé! ¿Qué vas a hacer?

No le contesté, sino que empecé a besar, a chupar y a lamer. Siempre me gustó practicar sexo oral y disfruté del acto tanto como él. Gonzalo se volvió loco; gimió y dijo cosas irreproducibles. Cuando no pudo más, me tumbó en la cama y entró en mí.

—Estás hermosa. Tan linda y tan caliente, me encantó lo que me hiciste recién. ¿Cómo te gusta que lo haga? ¿Eh?— me subió los pies sobre sus hombros y me embistió—¿Así de intenso, mi amor?

—Así de intenso.

—¿Cómo? No te escucho. ¿Así?

Nueva embestida que me arrancó gemidos de placer. Después me dio la vuelta y sujetó de los hombros para hacerlo por detrás.

—Movete así.

Me sostuve de la cabecera de la cama y sincronizamos los movimientos.

—Así, nenita. ¡Ay, sí, sí!

Fue un orgasmo furioso y sensacional. Continuamos el resto de la noche explorando nuestros cuerpos mientras descubríamos qué nos daba más placer. Nunca disfruté tanto con un tipo, Gonzalo era un amante fuera de lo común.

Estuvo todo tan bien a nivel sexual que en mi ingenuidad imaginé que me invitaría a dormir. Hasta pensé en si debía llamar a Nadina o dejarle un mensaje en el celular para que se quedara tranquila.

Como toda chica precavida tenía un camisón sexy en la cartera y estaba pensando en como sacarme el maquillaje, cuando observé que Gonzalo buscaba el teléfono.

—¿Te pido un taxi, Lilia? Son las seis de la mañana y tengo que hacer cosas el domingo.

Pensé llorar mi desgracia en silencio, pero ni bien llegué a casa, Nadina preguntó:

—Prima, ¿qué te pasa?

Entre mocos, lágrimas y palabras pocos entendibles, le conté todo. Daba una imagen patética haciendo tal espectáculo con el maquillaje corrido a lo Marilyn Manson y el pelo hecho un desastre.

—Está bien, no te amargues. Tontos hay en todos lados. ¿Por qué mejor no te vas a dormir?

¿Dormir o morir? ¿Cuál me gustaba más? Lo peor era volver a los viernes de zapping con mis medias de los colores del arco iris y mi pijama deslucido. Ella no sabía que, si bien los tontos estaban en todos lados, la mayoría me los levantaba yo.

De dormir, no dormí nada. Me levanté con las mismas marcas de maquillaje con las que me acosté y al mirarme al espejo pude notar que tenía el aspecto de un panda recién apareado. La buena de Nadina se encargó de preparar el almuerzo.

—Puede ser verdad que haya tenido cosas que hacer, prima—dijo después de comer un rato en silencio.

Mi malhumor estaba intensificado por un terrible dolor de cabeza y las frases de mi prima no colaboraron en nada. Más bien sonaron como un pizarrón al que se le pasan las uñas.

Pero ella siguió:

—Por ahí tuvo que visitar a la familia o iba su abuela de visita. ¡Andá a saber!

Pero lo peor estaba por llegar:

—Seguro que visitará a un familiar enfermo, Lili. Por ahí no es un familiar cercano, pero debe tener la obligación de ir a...

—¡Nadina, basta de disculparlo! ¿Podés cerrar la boca?— estallé con el tenedor y el cuchillo en cada mano como si tuviera un berrinche de una nena de cinco años.

Nadina siguió comiendo. Los fideos con tuco me supieron a hierro molido, pero me los tragué sin contemplaciones.

Lunes por la mañana. Partí al hospital, y como era de esperar, con cara y humor de lunes. Además hacía frío y llovía. ¿Qué más podía pasarme? Perdí el colectivo que me dejaba a horario y el que tomé iba llenísimo. La lluvia se transformó en diluvio cuando bajé a dos cuadras del hospital y me empapé. Sentí un coro de risas por uno de los

pasillos y al mirar el grupo del que parecían provenir, descubrí que eran los mismos que estaban en la pizzería aquella primera noche que Gonzalo y yo salimos.

—¡Qué fea que es! Gonzalo es un hijo de puta— dijo una de ellas.

Un oscuro presentimiento me invadió pero seguí caminando. Algo andaba mal.

Estuve haciendo mi ronda habitual de visita a mis pacientes y pensé en ir a buscar más libros para seguir estudiando, pero decidí tomar antes un café en la cantina de la vuelta del hospital. Me sentía desvelada y débil, deseosa de cafeína para continuar con mi aburrida vida rutina de estudios, guardias hospitalarias y fallida vida sentimental.

Bebí mi café súper cargado y un nuevo coro de risas me desconcentró. Dos chicas del grupete de la pizzería pasaron cerca de mi mesa y me lanzaron las carcajadas en la cara. En esos segundos que me miraron, sus ojos examinaron mis jeans viejos, mi cara sin maquillaje y mis rulos sin armar. Me sentí fea, insignificante y miserable.

El resto de la semana fue una porquería; sentí carcajadas cuando pasé delante de ellos y comentarios maliciosos que no alcancé a escuchar bien, pero supe perfectamente que se referían a mí. Que Gonzalo no apareciera parecía tener sentido porque todo iba relacionado. De eso me iba convenciendo a medida que pasaba el tiempo.

—No lo busques más. Si tiene interés, será él quién te contacte— dijo Nadina una vez.

Caminábamos por la plaza que estaba frente a la facultad de Ciencias Económicas. Era otoño pero parecía invierno: hacía un frío glacial y lo peor era la llovizna constante y helada. Las dos estábamos abrigadas como para una excursión al polo norte.

—No puedo ubicarlo. ¿Estará enfermo?

Al parecer era yo la que ahora encontraba excusas para disculparlo. La “no aceptación de la realidad” con respecto a un tipo puede pasar por diferentes fases: de la rabia a la incredulidad y lo que temía era al siguiente paso, la depresión absoluta. Pero debía retornar a la realidad, la lluvia se hizo más intensa y mi prima temblaba de frío.

—Volvamos a casa— dije abrazándola para sacarle un poco el frío, aunque era yo la que necesitaba más ese abrazo para sacarme el frío que sentía en el alma.

¿*Skype*?, Gonzalo estaba siempre desconectado. ¿*Whatsapp*?, me bloqueó. No lo tenía en *Facebook*, pero me colgaba viendo siempre su misma foto una y otra vez como una tonta nostálgica. Porque al no ser su contacto no podía ver nada de su perfil, que más que un perfil parecía la prisión de Azkaban de la saga de Harry Potter: más seguridad y bloqueo imposible, maldito sea.

Las horas se transformaron en días, los días en semanas.

—Basta, Lilia. Olvidate de ese tipo, es un idiota— dijo Nadina una tarde mientras terminaba de armar una maqueta.

La miré de pasada caminando en dirección a la cocina, yo estaba en pijama, con mis medias multicolores y una taza de café en la mano. Iba por la quinta taza y no eran más de las once de la mañana. ¡Y todavía me preguntaba como no podía dormir!

Ya me dolía la cabeza por el olor a pegamento que había en el living por la dichosa maqueta de mi prima.

—Dejame de joder. Voy a estudiar—dije en mal tono

—“El voy a” tuyo es muy elocuente— comentó Nadina muy enojada— porque no estudiás una mierda. Lo único que hacés es estar en pijama todo el día cuando no tenés guardia. Salí de la casa, Anna Frank. No estudiás, no salís, ni dormís.

Apoyé con tanta energía la taza en la mesa que la maqueta a medio armar de Nadina se vino abajo como un castillo de naipes. No me importó porque estaba emputecida como nunca.

—¡Claro, habló la Señorita lo tengo todo fácil!

—Acabás de arruinarme la maqueta que tengo que presentar mañana en la constructora. ¿Qué carajo es fácil para mí? Sabés que por el momento no me caen buenos trabajos y ando medio corta de plata— dijo Nadina con un rictus de furia en la cara que nunca le conocí hasta ese momento.

—¿Qué no tenés todo fácil? ¡Tenés una familia que te quiere y te aprecia, un novio que te valora! No todo es plata en esta vida.

Me tiré al piso y me largué a llorar. Me sentía miserable. Mi prima se arrodilló frente a mí y me abrazó.

—¿Por qué ningún hombre me valora? ¡Gonzalo me gustaba mucho!

—Shhh.

—Me voy a vengar.

—¿Qué?

—Nada, basta de llorar. Te voy a ayudar a completar tu maqueta. ¿De qué te reís?

—Sos muy torpe. Ni un milanesa sabés hacer y pretendés ayudarme con mi maqueta.

—Dale, voy a terminar drogada con el pegamento pero te ayudo.

Por fuera, parecía más centrada en mí misma, casi calma. Pero por dentro deseaba hacerle pagar a Gonzalo aquel desaire.

Al día siguiente, con una determinación que obtuve gracias a los varios días de poco sueño y exceso de cafeína en la sangre, decidí confirmar lo que ya sospechaba. Me situé en la cafetería donde se pavoneaban los del grupo burlón del hospital. Al verme se retorcieron de risa, me señalaron e hicieron comentarios ofensivos en voz baja. Ese día me daban el resultado de un examen muy importante y confiaba en que me iría bien. No era lo que esperaban mis padres, a los que acostumbré a figurar en todos los cuadros de honor, pero mi vida amorosa afectó seriamente mi desempeño académico.

El grupo se fue dispersando hasta que quedaron dos, una rubia y una morocha. Cuando salieron, las seguí de lejos mientras armaba mi estrategia.

La morocha se alejó dejando sola a la rubia. ¡Genial! Aquella chica era muy tonta. Le podía sacar alguna información de ese hijo de puta llamado Gonzalo que se había borrado del mapa como si la tierra se lo hubiera tragado.

—¡Eh!

Había mucha gente pero se detuvo al escuchar mi voz.

—¡Mariana! Necesito preguntarte algo.

Me miró con desdén, pero conté hasta cien para no decirle que me parecía una idiota sin personalidad.

—Decime.

—Vos estuviste esa noche que...—las palabras no me salían, me estaba poniendo tensa

—Que fui con Gonzalo a cenar a una pizzería. ¿Sabés algo de él? No puedo ubicarlo.

—Querida, a Gonza no vas a ubicarlo más. Es más, como me das lástima te voy a hacer un favor.

Quería dejar a la rubia con la palabra en la boca y salir corriendo, pero necesitaba saber lo que ella estaba por decirme por más horroroso que fuera.

—Gonzalo apostó plata con los pibes del grupo porque lo desafiaron a que no era capaz de acostarse con vos. Pusieron mucha guita y él aceptó.

—Y...ganó— estuve a punto de atragantarme con saliva.

—Él solo se busca minitas lindas, pero quería guita que le viniera de arriba para irse unos días de viaje con una chica que sí está buena.

No me desmayé de milagro, pero lo peor fue que la rubia siguió hablando.

—Yo te diría que te mudaras a Marte o que vayas a hacer la residencia en Plutón, porque sos el hazmerreír de toda la ciudad. Bueno, por lo menos la pasaste muy bien con Gon. ¿Y sabés qué? Dice que la chupás fenomenal, bien por vos. Chau, llego tarde a la guardia, hoy hago ambulancia.

Lo que siguió a esa revelación fue un pozo negro, porque no recuerdo como llegué a mi casa y a mi cama. Lo que vino después ya se puede adivinar: días llorando y tareas que cumplí por obligación. Mi vida se hundió en un abismo y no sabía como hacer para salir. Solo me sostenían las ganas de vengarme de todos ellos, hacérselos pagar. ¿Pero cómo?

No me fue muy bien en la residencia y mis viejos se enteraron, ¿qué pasó? Por poco me desheredan. Mi hermano me trató de inútil y mis hermanas se apiadaron de su fea y tonta hermana menor. Pero sin embargo, las cosas cambiarían, de eso estaba segura.

Pero mi familia no opinaba como yo.

—Lilia, hacé tus valijas y venite de nuevo para casa. Hay otras cosas que podés hacer, se nota que no estás hecha para ser cardióloga. Ningún Álvarez fracasa— dijo una noche mi papá por teléfono.

—¡No! Voy a mejorar.

Estaba melancólica pero tampoco era idiota. El solo hecho de pensar que mi título de médica me serviría nada más que para atender a los niños del club de mi ciudad natal, me produjo una mezcla de rabia, náuseas y urticaria.

Tanto me empaqué en mi decisión de quedarme en Buenos Aires, que mis padres decidieron dejarme unos meses más a modo de prueba, pero como castigo me disminuyeron la mensualidad.

—Qué macana, prima. Ponete las pilas— opinó Nadina cuando se enteró.

En ese momento las dos hacíamos juego porque ella había cortado con su novio y el departamento dónde vivíamos se convirtió en un mar de melancolía y amargura.

No tenía ganas de seguir con la residencia pero tampoco de volver a la casa de mis padres, donde medio mundo me miraría con lástima y hasta podía correr el riesgo de ser encerrada en algún sótano como habían recluso a Cuasimodo.

Tenía que haber una salida, pero no la encontraba. Mientras, estudiaba y trabajaba en el hospital con tanto ahínco para devolverle el brillo académico que se le había evaporado a mi carrera, seguía masticando bronca y no me resignaba a haber sido maltratada y burlada por Gonzalo y ese grupo de idiotas que tenía como amigos. ¡Era una Álvarez! Triunfadora y a la vez vengativa. ¿Pero de qué forma les devolvería el

golpe a todos?

La respuesta me llegó como por arte de magia. Eso fue, magia.

Una tarde que salí de la biblioteca de la facultad de medicina me choqué con una chica.

—Perdón— dije con vergüenza.

Me miró y me sonrió.

—¡Lilia!

Nos abrazamos. Era Florencia, una ex compañera de la primaria. Florencia era un sol, y fuimos amigas durante varios años, pero sus padres decidieron radicarse en Estados Unidos y perdimos contacto.

Flor propuso ir a tomar algo a la cafetería y acepté complacida. Con unos licuados y tostados de jamón y queso de por medio nos pusimos a charlar como dos loros.

—¡Sos médica, quién lo diría!

—Sí—contesté con una sonrisa. “Los Álvarez somos triunfadores”, dijo la voz fantasmal de mi papá dentro de mi cabeza pero la acallé.

—Yo soy contadora, estudié en Nueva York. ¿Sabés? Ahora voy a ver a mi novio, pasé por la biblioteca de casualidad.

La palabra novio debe haber hecho que mudara la expresión, pero no debía llorar frente a Florencia. “Los Álvarez somos triunfadores”, ya sé, papá.

Florencia se tocó un medallón negro que colgaba del cuello y me miró con curiosidad.

—Mmm, a vos te pasa algo. Siempre fuiste metida para dentro, pero te noto mal.

Contame.

—No, nada.

—No tengo apuro, puedo seguir hablando. ¿Vos?

¿Yo? Más que hacer zapping y ayudar a pegar maquetas a Nadina no tenía nada mejor que hacer, además de rezar para que mis viejos no me obligaran a volver a casa.

Así que suspiré y en un resumen de menos de media hora le conté todo lo que era mi vida sentimental: una colección de fracasos estrepitosos. Flor no me interrumpió en ningún momento y a modo de tic se tocaba el medallón negro que le colgaba del cuello.

—Yo tengo la solución a tus problemas.

—¿Qué?

Esta vez cambiaron los roles, fue Florencia a la que le tocó hablar.

—Yo también tuve mala suerte. El único novio al que amé se fue con otra. ¡Me volví loca! Ahora estamos comprometidos.

—Lo reconquistaste.

—No fue tan así, en realidad lo salvé de un mal— otra vez se tocó el medallón— Pero no lo hice yo sola.

—No entiendo.

—Alguien me ayudó, y si querés puedo contactarte con esa persona.

—Ya tengo psicólogo.

—Es otra cosa, y ese Gonzalo puede caer de nuevo a tus pies.

A viva voz le dije que solo me interesaba Gonzalo para destruirlo, a él y a sus amigos. Pensé que la romántica Florencia agarraría su cartera y me dejaría sentada en el bar, pero me sonrió de manera enigmática.

—Para eso también esa persona puede ayudarte.

—Quiero que Gonzalo pague y sus amigos también.

—Te va a servir quien te recomiende.

Estaba anonadada. ¿Cómo era posible?

—Morgana es la solución.

—¿Da tranquilizantes?

—No es una psiquiatra.

—¿Qué es?

—Una bruja.

—¿Bruja? No creo en eso.

—Vas a creer.

Me despedí de Florencia con promesas de llamarla, de agregarla a *Facebook*, *Twitter*, y mandarle un *whatsapp* para que charláramos también por ahí. Pero pasó una semana y toda nuestra conversación se tornó bizarra y propia de dos lunáticas. ¡Además yo le conté mis problemas y ella me recomendaba una bruja! Seguro que se burló de mí. ¿Qué le costaba darme un consejo? Los dos pesos que ganaba en el hospital y la mensualidad que provenía de mi papá me alcanzaban para pagar las cuentas, la mitad del alquiler del departamento, comprar comida, apuntes y nada más. Si quería una golosina o un café en la cantina cercana al hospital debía pensarlo muy bien.

Cuando abrí la puerta para entrar a la biblioteca, casi choqué con Gonzalo. Camisa leñadora, jeans desteñidos, estaba hermoso como siempre.

—¡Epa! ¿Por qué no mirás por dónde caminás, estúpida? Ah, sos vos.

¿Eso era lo que tenía para decirme el muy hijo de un estadio repleto de putas después de casi cuatro meses de no vernos?

—Sí, soy yo.

—Ok.

Me dio una palmadita en el antebrazo, y me invadieron el asco y la indignación con aquel gesto suyo.

—Gonzalo, necesito hablar con vos.

—¿De qué querés hablar? No tengo tiempo, Lilia. ¿Te enteraste lo de la apuesta? Sí, es cierto, la tonta de Mariana te lo dijo y reconozco que me porté como un miserable. Pero, ¿sabés?, la sorpresa fue que de verdad la pasé muy bien con vos. No me lo esperaba.

Toda mi furia contenida en todo ese tiempo salió a la superficie: largué mis libros a la mierda y empecé a pegarle con las palmas abiertas en la cabeza, en la cara y en los hombros. Todo el mundo me miraba como si me hubiera vuelto loca.

—¡Por lo menos decime que no es verdad, mentime, hacé un esfuerzo!

—Tendría que haberte llevado a cenar por lo menos, o acostarme con vos por última vez como regalo de despedida. ¡Dejá de pegarme, enferma!

Me dio tal cachetazo que tuve la sensación de salir volando. La llegada al piso fue lenta pero dolorosa. Todo el mundo presente exclamó un “¡Oh!” pero nadie hizo el esfuerzo de defenderme o darle su merecido a ese malparido por golpearme.

—Y no se te ocurra volver a pegarme, imbécil. Agradecé al cielo que te cogí como ninguno, linda guita me gané por hacerte mía— sus palabras me dolieron más que una escupida en medio de la cara.

Me levanté a duras penas y la boca, lugar del golpe que me dio Gonzalo. La gente de la biblioteca me miraba con pena pero nadie me ayudó. Agarré mis libros y cuadernos esparcidos por el piso y me fui a mi casa.

El algodón sobre mi labio cortado e inflamado me dolió, también el desinfectante.
¡Horrible!

—Qué bruto, merece lo peor.

Nadina apretó más el algodón sobre la herida y ahogué un quejido de dolor.

—Lilia, denuncialo a la policía.

—No vale la pena.

—¡No podés dejar pasar una cosa así! Él es un violento.

Seguí negándome y Nadina me dejó sola en mi cuarto, porque la eché con la excusa de que quería descansar.

Intenté dormir pero no pude. En la oscuridad de mi habitación, abrí los ojos y manoteé mi celular. Entré a *whatsapp*.

“Flor, ¿estás? Necesito hablar con vos”, tipee.

Eran más de las once de la noche, tal vez estuviera con el novio y pensé en salir del chat, pero ella comenzó a escribir.

“Decime”

Me saqué una foto. ¡Puajj! Mi boca era un globo. Además había una fea cortadura en el labio superior. Ya no emanaba más sangre pero había quedado la marca.

Envié la foto.

“Esta es una buena razón para vengarme de Gonzalo, lo vi hoy y me pegó”

Florencia tipeaba más rápido que yo.

“¡Hijo de remil putas! ¿Qué necesitás? Estoy para lo que sea. ¿Querés que vaya ahora a tu casa?”

“No. Dame la dirección de la bruja. Quiero vengarme y que Gonzalo pague caro”

“Voy a hacer algo mejor, te acompaño. Once y media de la noche del viernes paso por tu casa. ”

La inflamación de mi labio bajó pero la cortadura quedó. Nadina se volvió loca pensando de qué manera podía disimularla, pero no había rouge que pudiera ocultar aquella marca.

—Tengo que ir igual, y me voy a ahora porque no tengo más tiempo— dije poniéndome la mochila.

Eran las seis de la mañana y tenía el tiempo justo para llegar. Nadina aún no se había vestido, pero desayunó conmigo.

—Suerte.

—Claro, todavía mi viejo no me mandó siquiera un peso de más y no tengo plata.

Me daba bronca pensar que mi familia nadara en la abundancia porque los Álvarez eran conocidos estancieros en la ciudad donde nací, cuando yo debía cien miserables pesos a mi prima porque quería tomar un pobre café en la cantina mientras compraba algo para comer en mis largas horas de guardia hospitalaria. Eso se terminaría. Ya verían que yo también era una verdadera Álvarez.

Al verme llegar al hospital, la gente me miró fijo. Unas pocas risitas resonaron a lo lejos, eran de la rubia tonta. Esa Mariana me las pagaría, ojalá pudiera sacarle el

novio, un jugador de rugby amigo de Gonzalo que estaba más fuerte que tele de geriátrico.

Llegué a casa y encontré en la heladera el almuerzo que había preparado la dulce Nadina para mí. Dejé de lado la tortilla de papas con ensalada y opté por una manzana. Siempre me preocupé por mi figura, ya que mi tendencia a engordar era siempre alarmante pero después de que el huracán Gonzalo pasó por mi vida había bajado varios kilos. Me puse el pijama que me bailaba en el cuerpo y me acosté a dormir. A las nueve llegó Nadina y la recibí con empanadas de jamón y queso, era lo que más o menos me salía bien, aunque el repulgue me quedaba siempre torcido.

—¡Qué rico! Hoy tuve mucho laburo. ¿Cómo te fue a vos?

Le conté que estaba contenta. Durante la cena también comenté sobre Mariana, la amiga de Gonzalo.

—No le des bola, ya se va a cansar de burlarse—dijo Nadina.

Once de la noche, llovía a cántaros. Toqué la puerta del cuarto de Nadina.

—¿Me prestás tu impermeable? El mío me anda re grande.

—Sí, estás flaca como un alambre. ¿Dónde vas con esta tormenta?

—Me viene a buscar Flor, ¿te acordás que te conté?

—Me acuerdo, pero con esta noche de porquería es mejor que suspendas la salida.

—Nadina, porque me agarre la lluvia no me voy a oxidar. Dame el impermeable y no me jodas.

—Siempre tan amable. Tomá.

A las once y media pasó a buscarme Florencia. Salí a la calle pensando que vendría en un taxi, pero cuando me vio hizo sonar la bocina de un hermoso y reluciente auto rojo.

—Subí que te vas a empapar.

Florencia abrió la puerta del auto y me metí con un suspiro de alivio.

—¡Gracias! Qué lindo es— dije mientras me ponía el cinturón de seguridad. El auto era confortable y parecía nuevo.

—¿Te gusta? Me lo regaló mi novio.

—¿Tu novio? ¿El que recuperaste?

—El mismo, y todo lo logré gracias a Morgana.

No supe qué decir, pero intuí que Morgana podría también ayudarme a mí.

Qué casa más tétrica la de Morgana, por fuera parecía el castillo de Drácula y estaba ubicada en el barrio de Saavedra. Cuando llegamos ya no llovía pero seguían resonando los truenos y los relámpagos se dibujaban sobre el cielo encapotado como venas de muertos.

—¿No hay timbre?

—Está abierta. Ayúdame a empujar que la puerta es pesada.

La puerta parecía de hierro y requirió un buen esfuerzo de parte de las dos para que pudiéramos entrar. Atravesamos un pasillo largo y oscuro, cuando llegamos a otra puerta apareció la bruja.

—Sean bienvenidas a la residencia de Morgana, considérense mis invitadas de honor.

Adelante.

Morgana era de una belleza impresionante. Vestía una bata plateada de raso, las uñas pintadas del mismo color, y un lunar llamativo en la mejilla izquierda que tenía forma de corazón. Le eché unos veintisiete o veintiocho años, pero a nadie le importaría que tuviera setenta con esos rasgos perfectos y esa figura. Se acercó a Flor con una sonrisa cálida, abrazándola.

—Mi querida Florence, tanto tiempo sin verte.

—Volví hace poco para visitar a amigos y a vos, que sos como mi hermana.

—Gracias, mi querida amiga.

—Hablando de amigas...— Florencia me rodeó los hombros con el brazo— Necesito que la ayudes.

—La ayudaré, no te preocupes.

Acarició un collar de serpiente que le envolvía el cuello, con un gesto similar al de Florencia cuando se tocó el medallón.

—¿Cuál es tu nombre, querida amiga?— en su voz había mucha dulzura y me inspiró confianza.

—Lilia.

—¿Puedo llamarte Lilith? De ahora en adelante serás llamada así como Florencia es Florence para mí. Siéntate. ¿Quieren tomar algo?

Me daba lo mismo llamarme Lilia, Lilith o Cristóbal Colón. Sólo quería que me diera una mano para destruir a Gonzalo y a los suyos. No me detendría ante nada, quería que esos lamieran el piso frente a mí.

Morgana sirvió dos vasitos de licor de chocolate y un tercero para ella.

Iba a relatarle mis penas pero Morgana me detuvo.

—No, seré yo quien la vea.

¿La viera dónde? Esperé que se dirigiera a buscar un mazo de cartas del tarot, pero se limitó a bajar la mirada y a tocar su collar de serpiente.

—El maldito que te hizo ese corte en la boca lo pagará caro, mi querida Lilith. Suelo comenzar mis trabajos de magia al día siguiente que recibo a la persona que necesita mi ayuda, pero contigo será distinto. ¿Crees en la magia?

—Sí.

De verdad podía creer en cualquier cosa, pero a Florencia se la veía tan bien que yo me conformaba con la cuarta parte de la dicha que ella sentía. Mientras tanto, Morgana no dejaba de mirarme. Habrá notado mi ropa grande, las marcas de mis granos y mis rulos repletos de frizz.

—Mira, Lilith, seré franca contigo: primero deberás cambiar tu look. No eres fea pero si muy deslucida y poco femenina. Comprarás ropa más sexy y provocativa, desde zapatos, hasta carteras, pantalones y vestidos.

—No tengo plata.

—Yo te lo regalo, Lili. Y no tendrás que devolverme nada— dijo Florencia. Su amabilidad extrema casi me hizo llorar de gratitud.

—Cuando terminemos el trabajo, nuestra querida Lilith gozará de dinero de sobra y te lo devolverá, mi querida Florence. Ahora comencemos: necesitamos borrar esa marca de la boca, pero primero deberé preguntarte si tienes asco y vomitas por cualquier cosa.

—Soy médica.

—Bien, te daré una crema curativa, el olor que despide es espantoso, pero haz lo posible por no vomitar. ¿Está claro?

Se dirigió a un aparador antiguo donde había muchos frascos, algunos tan grandes de conservas, pero para mi horror algunos contenían animales: sapos, arañas y ratones. Cuando dio con el frasco que buscaba, Morgana me lo acercó.

—Hoy llueve pero sé que hay luna llena. Antes de acostarte, te pones esto en la marca de la boca.

No me entusiasmaba la idea, pero lo peor estaba por venir, porque la bruja sacó otro frasco del aparador que contenía algo raro.

—Ojos de murciélago, lo más efectivo para las marcas en la piel. Lo tuyo no es una cicatriz vieja, así que sólo lo usarás esta noche y mañana.

Desenroscó el frasco y con una cuchara de plata tomó dos ojos y los volcó en el que sería mi frasco, que tenía un sospechoso color gris intenso que parecía cemento.

—Aguantarás el olor— me miró de nuevo a la cara y me tocó la mejilla con sus uñas largas y plateadas— Pero necesitarás algo más para esos granos.

—Voy al dermatólogo por mis granos.

Morgana echó la cabeza hacia atrás para lanzar una carcajada y Florencia la secundó.

—¡Médicos para la piel! Es muy gracioso, porque ellos nunca logran nada. La crema que te daré es superior a cualquiera que te de un dermatólogo, mi querida amiga.

—¿Tendrá ojos o algo parecido?

—Quizás no ojos.

Otro frasco fue abierto, contenía arañas de pequeño tamaño. Eran de color vino,

nunca había visto arañas tan raras. ¡Y estaban vivas! Pero al tomar contacto con el contenido del que sería mi frasco, dejaron de patallar, ahogándose en ese engrudo.

Cuando “mi crema” para los granos estuvo lista, Morgana me la tendió.

—Este ungüento no tiene feo olor, porque posee agua de rosas. Póntelo todos los días al levantarte y antes de acostarte. Pero mientras te la pones deberás repetir lo siguiente: “Quiero mi rostro suave y lozano como el de una doncella”. ¿Lo recordarás?

Siempre tuve buena memoria y asentí. Buena memoria para lo bueno y también para lo malo, Gonzalo era la prueba fehaciente de eso.

El pelo de Morgana me parecía de comercial de televisión y ella pareció adivinar mi deseo porque me ofreció un tercer frasco con un nuevo ungüento.

—Todas las noches te lavarás el pelo y te pondrás esto. Jamás deberás recurrir a un peluquero. Te advierto que de acuerdo al trabajo de magia que haga esta noche puede que mañana te notes un poco diferente.

Estuve tentada de consultar qué quiso decir con la palabrita “diferente” pero decidí comprobarlo por mí misma.

—Basta de perder tiempo, amigas. Empezaremos con la transformación de Lilith. ¿Nos ayudarás, mi querida Florence?

—No tengo apuro, y me alegra ayudar en el comienzo de la dicha de mi amiga— dijo Flor.

—Acompáñenme entonces.

Subimos por unas escaleras cubiertas de terciopelo rojo. Cuando llegamos a la habitación me quedé admirada porque me pareció de otra época: había una araña de cristal que pendía del centro del techo y sillones antiguos y muy finos, un sitio mucho

más espectacular que la sala de estar. Además la música realzaba aquella sensación: sonaba el “*Domine Iesu*”, parte del réquiem de Mozart. Amaba la música clásica para estudiar en su totalidad porque me relajaba.

Pese a que se largó a llover de nuevo, Morgana abrió el ventanal.

—Haremos el ritual de la luna llena. Pero mi querida Lilith, necesito preguntarte lo siguiente: ¿De verdad quieres destruir a ese hombre? Podemos amarrarlo con un hechizo poderoso y estará en ti lograr enamorarlo.

—Quiero amarrarlo para después destruirlo.

—¿Estás segura? Mis trabajos de magia son imposibles de deshacer, no hay vuelta atrás, mi querida amiga.

—Sí, estoy segura. No quiero llorar más por ningún hombre.

Morgana se acercó a mí al punto de que pude sentir cuando respiraba.

—Repítelo.

—No quiero llorar más por ningún hombre.

—¡Grítalo! Dilo con todas las fuerzas de tus pulmones.

—¡No quiero llorar más por ningún hombre!

Sonó un trueno y las luces de la lámpara de cristal que pendía del techo titilaron. ¿La electricidad? Podría ser.

—Eso se llama determinación— dijo Morgana muy satisfecha— Ahora empezaremos con los rituales. Florence, apaga por favor las luces.

Con la luz eléctrica apagada, las velas de los candelabros dispuestos cerca de la chimenea, por el piso y en la señoral mesa larga de caoba que había en el centro de la habitación, brillaron más que nunca.

—Desnúdate, querida Lilith.

—¿Qué?

—Sacate toda la ropa, Lili— dijo Florencia con suavidad— Es importante para vos, no tengas vergüenza.

Respirando hondo, me deshice de los pantalones de jeans flojos, de la vieja remera blanca y de las zapatillas de deporte. Cuando llegué a la ropa interior, me detuve pero Morgana asintió con la cabeza.

Apreté los labios y me deshice de lo que restaba. Con la cabeza baja y cubriéndome el pecho con las manos miré a las dos mujeres. Morgana me hizo un gesto con el índice para que me acercara.

—No me equivoqué, tu autoestima está varios metros bajo tierra—dijo la bruja.

Bajé la cabeza porque sentí que las mejillas me ardían de la vergüenza. Lo peor era que tenía mucha razón.

—Querida Lilith: ¿así te presentas ante un hombre al que quieres loco de deseo por ti?

—Es que no soy bonita.

—No importa que lo seas. Pues si tú no te lo crees, el otro tampoco. La belleza está aquí—dijo Morgana señalándose la sien e hizo una señal de impaciencia— Descúbrete el pecho. Vamos.

Dije que no con la cabeza.

—Bien, no te obligaré a nada. Pero te aviso que la magia no resultará si no te haces la imagen de que eres hermosa, más deseable que cualquier mujer y que tendrás al hombre que quieres— dijo Morgana con disgusto.

—Por favor, Lili. ¡Morgana quiere ayudarte!

—Flor, no sé si podré. Quiero irme, me siento incómoda.

Hablé en susurros pero Morgana me escuchó. Con toda la furia de una mujer desairada, levantó mi ropa y me la tendió.

—¿Quieres irte? ¡Adelante, vete! Mis conjuros y mi magia no son para cobardes. ¡Lárgate y nunca más vuelvas a mi casa, porque no serás bienvenida!— dijo más ofendida que nunca.

Cuando quise recibirle mi ropa, ella la soltó. Tuve que recogerla del suelo.

—No te enojas conmigo, Morgana.

—¡No me molestes con excusas! ¡Cuando salgas de aquí serás más insignificante y fracasada que nunca! Aquel maldito seguirá riéndose de ti, mira.

Reparé en una bola de cristal que había en el centro de la mesa junto al candelabro. Antes no estaba allí, pero supuse que no lo había visto.

—Mira con atención.

Contemplé la bola de cristal.

—Está vacía y no se ve nada.

Morgana rió con ironía mientras agitaba la cabeza de un lado al otro.

—¡Mortal racional y sin un ápice de imaginación! Florence, ¿qué me has traído? Una mujer que sólo es capaz de percibir lo que ve. ¡Qué desastre!— después descargó su furia conmigo—: ¡Lárgate, no quiero seguir perdiendo más el tiempo contigo! ¡Fuera!

Lancé una última mirada a la bola de cristal, que antes permanecía opaca, esta vez se iluminó, pude ver sombras amorfas que después se fueron aclarando.

—Yo veo, Morgana. ¡Yo veo!

—¡Mentira!

—Veo, veo.

—No ves nada, embustera. ¡Fuera de aquí!

Florencia se acercó a la bola de cristal.

—Morgana, es verdad lo que dice.

Morgana alzó una ceja con descreimiento.

—Dime, Lilith, mortal pensante y racional. ¿Qué ves? ¡Descubre tu ojo interior, no mires con los ojos terrenales!

Hice un esfuerzo terrible para usar mi imaginación, alejándome por completo de la doctora Lilia Álvarez, la escéptica que solo creía en lo que veía.

Me concentré en la bola de cristal, que seguía iluminándose. Las sombras se aclararon cobrando forma, aclarándose, definiendo su contorno. Ya veía un hombre, ¿y la cara? La cara dibujó rasgos, una nariz, los ojos y la boca.

—¡Gonzalo!

—Lo ves, ¡genial, Lilith!— dijo Morgana sonriendo.

Gonzalo estaba en su casa, usando su equipo de música, bajando las luces. Enseguida entendí que esperaba a alguien. ¿A quién? Al parecer sonó el timbre, porque él abrió la puerta.

—Es... ¡Mariana!— grité sin poder contenerme.

Llevaba puesto un vestido negro muy escotado y corto que más bien parecía una remera. Con su melena al viento era la puta más ofrecida del planeta.

—¡Malditos, muéranse! ¡Muéranse!— grité con lágrimas en los ojos.

Se besaron, se tocaron.

—Me la pagarán los dos. Con lágrimas.

—Calma, Lilith— volvió la suavidad a la voz de Morgana—: Florence, ya está lista. Di las palabras a Venus para que se inicie el conjuro.

—Venus, diosa de la belleza y del amor. Ven y toma mi cuerpo.

A través de la ventana, se pudo ver que dejó de llover y las nubes se fueron corriendo a una velocidad que era impensada. Esas nubes corridas dieron paso a la luna, grande redonda y entera. La famosa luna llena.

—¡Querida Venus, ven a nosotras y toma el cuerpo de Florence!— gritó Morgana.

Un rayo de la luna cayó sobre Florence y ella pegó un alarido, como si esa fuerza la quebrara por dentro. A mis ojos se volvió otra, sin dejar de ser ella misma. Pero cuando sus ojos se encontraron con los míos ya no parecía Florencia, sus ojos eran los de una diosa, generosa y eterna, poderosa pero humilde.

Caminó hacia mí con una luminosidad intensa y brillante.

—Lilith, entraré en ti dejando el cuerpo de Florence, y estaré el tiempo que sea necesario.

No era la voz de Florencia sino una voz cálida, casi musical.

—Recibe a Venus, querida Lilith. Ella te ayudará. ¡Venus, entra en el cuerpo de esta mortal!

—¡No, Morgana! ¡No!

Una sombra fantasmal se separó del cuerpo de Florencia y la dejó tirada en el piso. Esa sombra se convirtió de nuevo en el rayo de la luna y se dirigió a mí. Primero me envolvió y entró en mí provocándome escalofríos y alterando mi pulso cardíaco. Raras visiones ingresaron en mi mente, se apareció Gonzalo desnudo sobre mi cuerpo, besándome, acariciándome.

Grité con todas mis fuerzas, aquel rayo de luz me hizo dar vueltas, dándome un calor que era casi insoportable.

—Lili, no te niegues, asumí tu nueva personalidad— oí decir a Florencia.

Caí de rodillas y posé las manos en el piso, sin ánimos.

—Tranquila, Lilith. Todo está bien, ya pasó.

Me tendió la mano y me incorporé con su ayuda.

—Lilith, Venus te bendijo.

Sonreí y me sentí más viva que nunca.

Cuando volví a mi casa, no había nadie. Me puse el camisón y con el cansancio calándome los huesos, me lavé el pelo con lo que Morgana me había dado y usé sus ungüentos para los labios y el resto de mi cara. Con un aspecto parecido al de Tutankamón convertido en momia, me acosté. Tardé en dormirme porque me sentía rara. No sabía explicármelo, pero algo había cambiado en mí. ¿Qué era? Ni idea.

Cuando desperté pensé que lo de la noche anterior fue un sueño. Aunque el olor espantoso del engrudo que me había puesto sobre la boca para curar el labio partido me hizo razonar que todo lo que había pasado en la casa de Morgana fue cierto. Palpé mi cara y me quedé con algo viscoso en los dedos, era la crema para los granos. Finalmente me di cuenta de que algo apesaba mi cabeza y resultó ser la gorra de baño que contenía el ungüento para mi pelo. No tenía ganas de sacarme todo por partes así que decidí darme una ducha. Cuando salí con el toallón anudado en torno a mi cuerpo escuché el sonido de mi teléfono celular.

—Lili, ¿cómo amaneciste?

—Hola, Flor. Me siento rara.

—Te entiendo, a mi también me pasó. ¿Vamos al Shopping?

—¿Hoy?

Mientras hablaba con ella me toqué la cara en un gesto distraído pero noté algo raro. ¿Y los granos?

—Sí, hoy.

No había granos supurantes o nuevos, asomando. Lisa. La piel de mi cara se sentía suave al contacto. Con el celular pegado a la oreja me miré en el espejo del baño. ¡Mi cara no tenía marcas!

—Es que hoy puedo acompañarte pero tendría que ser en media hora porque por la tarde mi novio y yo vamos al Club de Polo. Los Orellana celebran un cóctel y tenemos que estar allí.

No solo mi cara lucía bien, sino que mi pelo tenía los rulos perfectos, como si me los hubieran armado en la peluquería. Me toqué los rizos que caían largos y uniformes hasta los hombros. Yo recordaba tenerlos más cortos.

—Lili, ¿estás ahí?

—Sí. Estaba mirándome, y no sólo me siento diferente, sino que no parezco yo.

—¡Me alegro tanto! ¿Y te gustás? Dejame adivinar: es como si te vieras a vos pero en una versión mejorada. ¿No?

—Exacto.

—El conjuro de Venus es el más efectivo de todos, sobre todo en las personas que tienen baja autoestima. Ahora todos te van a ver linda porque vos ya te ves linda.

—Sí.

Parecía una estúpida hablando por teléfono y mirándome en el espejo del baño pero no pude dejar de admirarme.

Con Florencia recorrimos las mejores casas de ropa del Shopping. No quise que gastara tanto, así que me acercaba a las prendas discontinuas, a los saldos, a las promociones. Pero Florencia no me dejaba. Al tener un gusto exquisito, me acercaba las sandalias más lindas, los vestidos más llamativos y a los accesorios de moda con más estilo.

Me hice de un vestuario propio de una modelo. Era dueña de media docena de jeans, polleras, vestidos, sandalias, carteras, sobres y varios pares de aros, pulseras y anillos.

Antes de abandonar el Shopping, entramos a una casa de maquillajes y Florencia me aconsejó el tipo de base, rouge, rímel y sombras que debía adquirir de acuerdo con mi tipo y color de piel.

Cuando no daba más de cansancio y ya era bastante pasado el mediodía, entramos en una perfumería.

—Lo más importante: la fragancia que te distinguirá ahora y para siempre.

Le dije que no tenía ni idea acerca de perfumes, que antes me preocupaba por bañarme y nada más. Pensé que Flor me mataría, pero me dijo que me ayudaría a escoger la fragancia.

Aún recuerdo como se me quedó la nariz anestesiada por la cantidad de perfumes que anduve oliendo en aquella perfumería. La vendedora, con su santa paciencia, fue acercando cada perfume para que los probara. Frascitos, algunos con un diseño

delicioso y muy femenino, otros no tanto, se fueron acumulando al costado. Los olía, a veces me los probaba en una de las muñecas, después se los pasaba a Florencia, que hacía lo mismo y negaba.

—No, hasta ahora ninguno—dijo Florencia— Tiene que ser uno que tenga que ver con tu nueva personalidad: segura de sí misma y misteriosa.

La vendedora, rápida como un rayo, buscó otro frasco.

—Se me ocurre algo oriental, a base de flores exóticas, vainilla y canela. Este perfume podría ir con usted.

Me acercó el frasco, que tenía un hermoso color ámbar y usé el pulverizador. Era perfecto.

—Me lo llevo— dije con una sonrisa.

—Que sean tres frascos, por favor.

—¡Flor!

—Lili, es necesario que estés bien provista.

Protesté porque aquel perfume era bastante caro, pero mi amiga no escuchó razones. Pagó los tres frascos y salimos cargadas de bolsas rumbo al baño del Shopping.

—Quiero que abandones ese aspecto de estudiante que vive metida en la biblioteca como un ratón y te pongas un vestido y uses un par de sandalias.

—¿Ahora?— estaba sorprendida.

—Ahora mismo.

Me fui a uno de los baños, me cambié y cuando salí, Flor me ató el pelo en una descuidada cola de caballo. Me tendió un par de aros y varias pulseras.

—Ahora el toque final.

El perfume. Lo roció en mi cuello, en el pecho y detrás de las orejas.

—Perfecta. Ahora me vas a acompañar al cóctel.

—¿Yo?

Me negué pero Florencia, otra vez, no aceptó mis razones. La acompañé a su casa y salimos en su coche en dirección al Club de Polo. El novio de Flor, un tipo distinguidísimo, hermoso y amable me hizo sentir muy cómoda.

—Federico y Flor, no sabía que ustedes estaban acá. ¿Por qué no me presentan a su amiga?

Giré en dirección al dueño de la voz y me encontré con Rafael, el novio de Mariana y amigo de Gonzalo. Sentí asco y rechazo, pero sus ojos brillaron al contemplarme.

—Sos muy hermosa. ¿Cuál es tu nombre?

—Lilia Álvarez, creo que nos conocemos— dije.

Hubo un rastro de confusión en el rostro del tipo. Debió adivinar que estaría resentida, pero era tal el estupor al contemplarme, que me di cuenta de que solo le importaban mi aspecto y mi belleza. Le gustaba, y yo haría lo imposible para que cayera bajo mis encantos.

—Nos conocemos, efectivamente. ¿Y podemos conocernos un poquito más? ¿Me acompañás así tomamos una copa de champagne y charlamos? Qué rico perfume.

Dominando mis ganas de vomitar porque todo el que me recordaba a Gonzalo me producía náuseas, acepté su propuesta. Debo reconocer que el tipo era medio idiota pero su charla era divertida. Lancé toda mi seducción para poder irme con él a la cama esa misma noche. Tenía que ser mío, enamorarlo y dominarlo. Era un camino para llegar a Gonzalo. Maldito, maldito Gonzalo.

—Tan hermosa y pensativa. No escuchaste mi última anécdota jugando un partido de rugby, corazón.

—Perdón, es que estoy cansada. Mucho estudio y guardias.

—Mucho estudio, muchas guardias y poca diversión, necesitás salir.

Ya estaba cayendo a mis pies, pero jamás lo invitaría yo.

—Puede que sí, pero esta noche voy a descansar.

Rafael no podía creer que lo rechazara.

Insistió tanto que hasta parecía desesperado. Yo me hice rogar, me reí de él y jugué al gato y al ratón, hasta que le dije que sí, pero a regañadientes.

Nada peor para un jugador de rugby podrido en plata y hermoso. Pero yo disfruté de humillándolo, porque hombres como esos era mejor perderlos que encontrarlos y por meterse conmigo las pagaría.

Lo que hice fue huir de él argumentando que tenía que ir al baño y busqué con disimulo a Flor. Le pedí que inventara alguna excusa para no darle mi número de teléfono a Rafael y me fui del Club de Polo en un taxi.

Durante el trayecto a casa me reía sola, a carcajadas limpias.

—¿Se siente bien, señorita?—preguntó el taxista.

—Mejor que nunca.

—Se la ve feliz, me alegro.

—Gracias.

—Y es muy bonita, si me disculpa el elogio. ¿Ese perfume es suyo?

—Sí.

—Que linda sonrisa. Me alegró el día, muchas gracias.

Flor fue muy astuta al apagar el teléfono celular y esconderlo en la cartera. Cuando Rafael me buscó por todo el predio y no me encontró, ella le dijo que había tenido que irme. Le pidió mi teléfono y Flor mintió que no lo sabía de memoria y que no tenía su celular encima, que lo había olvidado en la casa. Eso me lo contó a través del teléfono de su novio.

—Está desesperado, y no sabe cómo hacer para conseguir tu número.

—Dejá que sufra, es amigo de Gonzalo. Seguro que se lo pide a él.

—Sos muy viva, Lili. Pero tené cuidado.

—Lo voy a volver loco, no se va a olvidar de mí y la novia llorará lágrimas de sangre, Flor. Acordate lo que te digo.

Al parecer su novia, Mariana, no se moría de amor por Rafael, pero me encargaría de que la noticia de que su novio le pusiera los cuernos conmigo le llegara y le afectara lo suficiente para llorar y sufrir tanto o más que yo cuando supe la apuesta infame que jugaron para humillarme.

—Lágrimas, humillación, sufrimiento. — pensé en voz alta.

Me dediqué a mi aspecto, tenía que ser inolvidable: pelo peinado hacia atrás, rizos rubios recogidos en una cola de caballo tirante. Maquillaje de noche, en tonos oscuros, mucho rímel, labios pintados de rojo. Los protagonistas de la noche eran mis ojos: con la sombra gris humo lucían más sensuales y encandiladores que nunca. Perfecto, Rafael. Ya vas a ver.

—Vas a arrastrarte como una babosa, y te voy a pisar— dije mientras me ponía los aros.

Sonó el teléfono con un *whatsapp* y sonreí. Era Rafael.

“¡Hermosa, por fin te encontré!”

Dejé que se cociera en su salsa. Pasaron diez minutos.

“¿Estás ahí, hermosa?”

Con una sonrisa de satisfacción, bloqueé su acceso a mi cuenta de *whatsapp*. Pasaron quince minutos. Llegó un sms.

“Lilia, divina. ¿Me bloqueaste? ¿O fue un error?”

Borré el mensaje. Diez minutos más y sonó el teléfono. Di el paso siguiente bloqueando el número para que no pudiera llamarme.

Cinco minutos más. Mi teléfono volvió a sonar pero desde otro número. Esta vez lo dejé sonar decenas de veces. Me prendí un cigarrillo y cuando lo terminé recién accedí a contestar.

—Hola— hice lo posible para que mi voz sonara fastidiada.

—Tan hermosa como difícil. ¿Sos Lilia?

—Sí, corazón.

—Ah, bueno, me matás con lo de “corazón”. ¿Podemos vernos?

—Un par de horas, tengo que estudiar y mañana guardia.

—Lo que quieras.

—Y quiero ir a cenar primero.

—Pero si salimos nada más que un par de horas...

—Entonces otro día— lo interrumpí con enojo— Que tengas buenas noches.

—¡Perá, no cortes!

—Decime— otra vez salió Lilia, alias La Inalcanzable y Fastidiada.

Elegí el restó más caro. El clima estaba fresco pero Rafael transpiraba de los nervios. Era evidente que yo le estaba costando más tiempo, energía y dinero de lo que pensaba.

—Calma, corazón— dije con una sonrisa y con una mano juguetona recorrí su mentón, le acaricié la nuez de adán y pasé los dedos por su camisa entreabierta.

—¿En serio querés comer?

Saqué la mano y lo miré ofendida.

—Por supuesto.

—¿Y si vamos a casa?

Por un momento dudé. Terminaría de darle su merecido en la cama.

Sonó mi teléfono y miré la pantalla, la llamada era de un número desconocido.

—¿Hola?

—Querida, Lilith. Estoy con mi bola de cristal.

—¡Morgana, qué sorpresa!

—No le des a ese sujeto la posibilidad de que las tenga todas fáciles. ¿Lo tienes al lado?

Rafael se alejó un poco para buscar a un maître, pero podría escuchar lo que hablaba con Morgana.

—Sí, está junto a mí.

—Sigue mis indicaciones, Lilith. Escucha con atención.

Conseguimos mesa después de veinte minutos, y Rafael era una pila de nervios. Pedí

los platos más costosos y el vino recomendado por el mozo. A mi acompañante no le hizo gracia, pero al acariciarle la pierna con mi pie, se mordió los labios y me lanzó una mirada sensual. Bien, vamos bien.

Me aboqué a la charla más aburrida que pude encontrar. Cité los libros más complicados, y me dediqué a hablarle de cosas que lo hicieran bostezar. Mi nuevo yo se regocijaba y disfrutaba de aquella salida tan embolante y soporífera. Rafael luchaba por no dormirse y yo jugueteaba con los cubiertos sin probar bocado. Ya había cenado antes.

Rafael hizo todo lo posible por besarme y acariciarme, pero yo lo esquivaba.

—¿Quién te pensás que soy? No quiero dar espectáculos delante de nadie— dije molesta a la salida del restó cuando me agarró de la cintura para estamparme un beso en la boca. Lo aparté de un manotazo.

—¡No sea irrespetuoso!— agregó una señora entrada en años del brazo de un hombre de su misma edad, que al parecer era su marido. El señor demostró su indignación agitando el bastón.

—Flaco, ¿no entendés que ella no quiere que seas tan meloso?— saltó un chico con el pelo color zanahoria bajando de su moto y sacándose el casco hizo una graciosa reverencia, como si fuera un caballero de otra época—: A sus pies para lo que necesite, señorita.

Rafael estaba verde, nunca supe a ciencia cierta si tenía ganas de vomitar o de meterse debajo de una baldosa. Lo dejé disculparse con la pareja de viejitos y con el chico pelirrojo mientras yo ponía la peor cara de pobrecita. Qué divertido era aquello,

pero se ve que no era la única que lo presenciaba, porque me llegó un *whatsapp* de Morgana.

“Querida, Lilith: ¡veo la escena en la bola de cristal y muero de risa! Sigue así, que el tipo sude la gota gorda.”

Cuando Rafael dejó de pelear con el colorado y la digna pareja octogenaria, nos subimos a su auto y llegamos a la casa. Era la hora de la verdad. Y para excitarlo, me le acerqué en el ascensor, apoyé una pierna sobre una de sus rodillas y le mordí el labio inferior. Era jugado y sensual, lo suficiente para volver loco a cualquier hombre.

Rafael reaccionó aprisionándome entre sus brazos y besándome con pasión. Debo reconocer que me excité, pero no era Gonzalo. ¡Gonzalo, dejame en paz! Grité para mis adentros.

—Belleza, te quedaste en piloto automático. ¿Por qué paraste?— dijo Rafael mirándome con curiosidad. Me putee para mis adentros. No debía dejar escapar a mi presa, y mi presa de ese momento era Rafael. Gonzalo quedaba para después.

—¿No hay velas?— protesté esquivando la boca de Rafael cuando pisamos su departamento.

—Pero belleza, dijiste que no tenés demasiado tiempo.

—Eso no importa, quiero que sea especial, y las velas me encantan— para poner énfasis a mi comentario, hice sonar el taco de mi stiletto contra el piso.

Era como para que me dijera que me subiera a un taxi y me bajara en la esquina del Carajo, pero Rafael se contuvo y dijo:

—Tengo algunas. Esperame.

Me excusé diciendo que iba al baño y cuando llegué ahí me perfumé con

generosidad, añadí un toque extra de canela para incrementar el poder del aroma, pero no había elixir más poderoso que la confianza en mí misma. Y al mirarme en el horrible espejo del botiquín del baño confirmé que no sólo me quería, sino que estaba en pleno romance conmigo misma. Por un momento se me pasó por la cabeza dejar todo aquel macabro plan de lado. Si ya me veía tan hermosa y deseable, podría pedirle a Morgana que echara atrás el conjuro para destruirlos a todos y, en cambio, enamoraría a Gonzalo. Aquel pensamiento duró un santiamén. Ya no era lo mismo, y no amaría jamás a Gonzalo porque se había ganado mi odio eterno.

—Belleza, ¿estás bien?— preguntó Rafael.

—Ya salgo.

Me solté el pelo y di otro vistazo al espejo. Me veía sensacional.

Rafael había llenado su cuarto de velas. Creo que ni un velorio podría tener un aspecto tan lúgubre y eso me hizo ahogar una carcajada. Pero ya era hora de “premiarlo” por ponerle tantas ganas al asunto: aunque sería más bien un castigo.

Le desabroché el pantalón e hice un camino de besos y lamidas hasta llegar hasta su centro. Rafael suspiró de deseo. Al verlo tan caliente, sentí algo parecido a la compasión por él.

—¿Sigo?

—Por favor.

—No escucho— me puse una mano sobre la oreja mientras le dediqué la más burlona de mis sonrisas.

—Por favor, belleza.

—Así me gusta.

Le hice una *fellatio* con más bronca que deseo. Se retorció de ganas, gimió mientras decía una sarta de obscenidades y hasta me suplicó que lo hiciéramos, pero no le di el gusto. Seguí con lo mío y cuando supe que no daba más, dejé que me desnudara. Al entrar en mí estaba desesperado, y yo que no era de piedra, al ver su cuerpo musculoso y bronceado, me encendí. Me cubrió de besos y caricias, y cuando nos convertimos en uno, Rafael eyaculó a los pocos segundos.

—Perdón, es que estaba muy excitado.

—Todos dicen lo mismo, llamame un taxi.

Comencé a vestirme con el enojo pintado en la cara.

—¡No! Belleza, no te vayas. Prometo mejorar, pasa que al besarme ahí...

—Tengo que estudiar y mañana tengo guardia, pedime un taxi.

—Yo te llevo.

Me llevó en su auto y durante todo el camino se excusó diciendo que era la primera vez que le pasaba, que estaba demasiado excitado, que no volvería a repetirse.

—¿Puedo llamarte más tarde?— preguntó con timidez.

—Como quieras, pero tengo que estudiar.

Ni bien me dejó en la puerta de mi casa, esquivé su beso de despedida y me bajé con cara de pocos amigos golpeando la puerta del auto al cerrarla. Cuando por fin lo vi alejarse, alcé la mano para parar un taxi. Era hora de ir a lo de Morgana.

Morgana me tomó de las manos para admirarme.

—Sin duda el conjuro de Venus fue de lo más efectivo. Te ves bella, pero bella de verdad.

—Me siento bella.

—Eso es lo importante. Ven, pasemos a la sala de estar y me cuentas mientras nos echamos una copita de algo rico.

Caminamos en dirección al living donde era todo lujo y suntuosidad. Morgana se veía radiante vestida con su bata de satén color rojo sangre.

—Estuve atenta a mi bola de cristal y entré a su mente—dijo refiriéndose a Rafael—
Lo has vuelto loco, Lilith.

—No me costó en absoluto, a veces pienso que soy una nueva persona. Y eso me preocupa.

Morgana me invitó a sentarme en uno de sus cómodos sillones forrados en terciopelo y se acomodó frente a mí. Era increíble que la insegura y mal vestida Lilia, aquel ratón de biblioteca insignificante, se hubiera sentado allí mismo. Saboree mi copa de licor de menta y la miré.

—Estoy muy satisfecha, pero sentí que por un momento dudaste del plan que te habías marcado desde el principio. ¿De verdad odias a Gonzalo, o lo amas tanto que por eso pretendes destruirlo?

Su pregunta caló en mis huesos. Lancé con tanta furia la copita contra la pared, que el ruido se escuchó como un disparo. Cruzada de piernas y saboreando su licor de menta, Morgana ni siquiera pestañeó.

—Quiero destruirlo, pero también a sus amigotes. Sabés lo que me hicieron sufrir. Rafael y su novia deben pagar, pero Gonzalo se llevará la peor parte.

—No lo dudo, pero creo que no estás segura de tu propósito, y si te muestras ambivalente, la magia no funcionará, querida Lilith.

Me puse furiosa y a los gritos le dije que no dejaría de lado mis ambiciones.

—Nada ganas con demostrar ese furor, querida Lilith. El secreto de una bruja es no solo ser segura de sí misma, sino también fría y calculadora.

—¡Yo no soy una bruja!

—Vas camino a ello, amiga. Y es una pena que malgastes tus energías cuando juntas podremos conseguir grandes cosas, Lilith.

Me la quedé mirando. ¿Qué mierda significaba eso?

—No me hagas caso, ahora concentrémonos en nuestra reciente víctima: Rafael. Debemos seguir con el plan, querida Lilith.

Me dio una serie de indicaciones que prometí cumplir al pie de la letra. Antes de irme me tendió un frasquito de color rojo. Al destaparlo salía humo también del mismo color.

—Es un amuleto que debes tener siempre en la cartera. Rafael se volverá loco por ti, y eso molestará a su novia. Cuando cumplas tu propósito con ambos, ven aquí y lo arrojaremos al fuego. Ahora debo seguir con mis demás trabajos de magia, querida amiga.

Subió las escaleras para seguir con sus conjuros y trabajos de magia haciendo flamear su brillante pelo y caminando altiva sin enredarse con la bata roja que le llegaba los pies.

—Que linda que sos.

—¿Cuándo salimos, hermosa?

—Mmm, estás buenísima.

—¿Hace cuanto estás acá? No te vi nunca.

—Rubia, estás más fuerte que el sol.

Silbidos de admiración, frases susurradas al oído, los ignoré a todos. Enfermeros y médicos de todo el hospital se daban vuelta para admirarme, amén de las cosas que me decían. A ninguno le dediqué una sonrisa, ni una mirada siquiera. Caminé altiva como una emperatriz, la espalda derecha y contoneándome sin exageraciones. En la biblioteca nadie me sacaba el ojo de encima. Los hombres se deleitaban con cada centímetro mi piel, mi mirada, mi boca y mi pelo. Las mujeres me miraban con tanta envidia que hubieran podido derramar bilis por las orejas.

Me había vestido de manera sencilla, pero dejando de lado los pantalones abolsados y las remeras viejas. Tenía unos jeans ajustados, unas sandalias de taco chino y una musculosa negra. Como accesorio, usé unos aros largos de plata y una cartera grande clásica de cuero negro.

Casi me hice pis de la risa cuando escuché a una chica murmurar sobre mi aspecto:

—Son los aros, viste que le llegan casi a los hombros, eso llama la atención. ¿Dónde los conseguirá? Me encantan.

—Es la cartera, la cartera está bárbara—dijo otra— ¿Cómo hace esa zorra para tener ese look tan hermoso? Quiero sus jeans, los aros y la cartera. ¡Ah! Y la musculosa tampoco me vendría mal.

Era tal el acoso visual que hasta la cabeza me dolía. En mi próxima visita a Morgana le pediría algún conjuro o elixir para el mal de ojo.

—Belleza, ¿podemos hablar?— era Rafael.

Con ira, cerré mi libro.

— ¿Qué querés?

—Verte, hablar con vos. Ayer me apagaste el teléfono todo el día.

—¿Qué parte no entendiste de “estoy ocupada”? Ahora me voy.

Rafael me siguió como un perro vencido y apaleado mientras era el hazmerreír del hospital. Mariana, que estaba en compañía de algunas amigas, me lanzó una mirada de furia cuando pasé por la cantina.

—¡Rafa, mi amor! ¿Dónde vas? Tengo que hablar con vos— gritó.

—Ahora no, estoy ocupado— dijo Rafael de mala manera.

—Tu noviecita te está llamando. Me voy— dije con burla.

—Lilia, belleza. Vamos a cenar. Esta noche paso a buscarte a la hora que quieras.

—No tengo ganas. Chau.

Lo dejé con la palabra en la boca y el amague del beso.

Las invitaciones de otros hombres empezaron a llegar. Primero fueron una o dos, pero después se multiplicaron como los mosquitos en un húmedo atardecer de verano. Era irresistible para ellos, y fue como si me retroalimentara de sus deseos de tenerme, de llevarme a cenar, de pasar una noche conmigo o de pasear. Rafael seguía detrás de mí como un perro faldero y lo maltraté a mi antojo. Me encontré con él un par de veces más, pero pese al buen sexo que habíamos tenido, siempre me las ingenié para decirle que no era lo suficientemente apasionado o buen amante. Morgana me preguntó si pretendía seguir humillándolo y le dije que hasta me divertía pisotear su ego. Terminó con Mariana y ella se volvió un ser patético que sacaba a pasear sus ojeras con las comisuras de sus labios hacia abajo por el hospital.

—Necesito algo más, no es suficiente— me decía a sí misma mientras salía con mi amante de turno.

—El amuleto que sigues llevando en la cartera está destruyendo a Rafael, Lilith. ¿Quieres detenerte o seguirás humillándolo?— me preguntó Morgana una noche que fui a visitarla.

—Quiero seguir.

—De acuerdo, pero te advierto que las consecuencias pueden ser nefastas. Con su poco amor propio, el amuleto gana en poder.

—Me encanta, me fascina.

—Entonces sigue teniéndolo en la cartera, pero te aviso que Rafael está depresivo.

No me asustó su advertencia, mejor dicho ni me movió un pelo.

Una mañana me sentí zamarreada hasta que me despertaron.

—¡Nadina!, ¿que querés?

—Lili, pasó algo horrible.

—¿Y? Contame después. Ayer tuve guardia y estoy muy cansada.

—Es este chico con el que saliste hace poco, Rafael.

—¿Otra vez está acá? Decile que me fui de viaje a Mongolia.

Se había vuelto costumbre que un desesperado Rafael se apareciera de improviso en mi casa. A veces caía con una caja de bombones, flores y un día se apareció con un collar de plata que debería haberle salido una fortuna. Todas las veces lo eché

despreciando sus regalos, salvo el collar. Era demasiado bonito y valioso para no quedarme con algo así.

No quería ni pensar, nada más que dormir. Ya me estaba acomodando de nuevo, dándole forma a mi almohada para dormir a gusto.

—No creo que Rafa pase a buscarte de nuevo porque está muerto— dijo Nadina.

—¡Qué!— de alguna manera me sorprendía y a la vez no lo que me estaba contando.

—Hace un rato salió en las noticias. Fue a la estación de subte cerca de su casa y se tiró al andén. ¡Un desastre! Salió en todas las noticias.

Me acaricié el cuello. ¿Habría pensado en mí en el momento de matarse?

Acudí a ver a Morgana esa misma noche. Las estrellas inundaban el cielo pero hacía mucho frío. Viernes por la noche y yo estaba allí una vez más.

—Iremos primero a la terraza. ¿Traes el amuleto que confeccioné para Rafael?

—Morgana, respecto a Rafael quiero decirte algo.

—Lo sé todo. ¡No perdamos el tiempo! Su alma se desencarnó y no era el momento, a la terraza ahora mismo. Toma esto.

Me extendió una capa. Era negra, confeccionada en terciopelo y llevaba una hebilla de plata para abrocharla al cuello. Morgana llevaba puesta una igual.

Me deshice de la campera y me puse la capa mientras subíamos las escaleras.

—Ponte la capucha, es una señal de respeto a mi señor.

—Morgana aquí no hay nadie.

—Mi señor está en el cielo.

El patio estaba vacío a excepción de una fogata que ardía en el medio.

—Arroja el amuleto a la fogata.

—Morgana, debería hacer un rezo por Rafael.

—¡No deberás hacer nada! ¿Quieres que su alma se apegue a ti y no te deje en paz? Él pensó en ti en el momento de matarse.

No quería que el espíritu de Rafael estuviera a mi lado. En realidad no quería verlo jamás porque su imagen rota de humillado me producía ganas de vomitar. Así se siente alguien a la que se le apegaba una persona que dejó de interesarle y que, además, pierde la dignidad: molesto.

—¡Lilith, deja de pensar! ¡Arroja el maldito amuleto al fuego y sálvate!

Arrojé el frasquito con fuerza, como si me quemara los dedos. Al entrar en contacto con el fuego, el frasco produjo un estallido similar al de una bomba de estruendo. La fogata se volvió roja y siguió lanzando chispas del mismo color. El olor que despedía era nauseabundo. Tuve que taparme la nariz con un tramo de la capa.

—Hace mucho tiempo que no sentía aquel olor. Descuida, haré la invocación para que se lo lleve el viento— dijo Morgana con cara de disgusto.

Alzó las manos hacia el cielo, acercándose a la fogata roja.

Surgió un viento que hizo que el olor se fuera en dirección a otro lado. Las lenguas de la fogata apuntaron al lado opuesto donde nos encontrábamos.

—Una vez hice este amuleto para una mujer que no conseguía casarse, de esto pasó más de un siglo. ¡Ya no recordaba ese terrible hedor! Vamos, Lilith. Debemos chequear la bola de cristal.

—¡Morgana!

Señalé la fogata antes roja, que se había vuelto negra. Sus lenguas oscuras se

ramificaban en dirección al cielo.

Me estremecí al ver una figura femenina renacer de aquellas lenguas de fuego. Tenía el pelo largo y rubio.

—¡Es Mariana!

Morgana me dio un empujón arrojándome a un lado y le hizo frente. La figura caminó en su dirección hasta que quedaron frente a frente.

—¿Qué quieres?— le preguntó con rudeza.

La boca de aquella aparición parecía una gran trampa negra, porque no tenía ni dientes ni lengua. Lanzó un gran alarido que por poco me volvió loca. Me tapé los oídos y cerré los ojos.

—¡Un demonio, Mariana es un demonio!

Morgana no me escuchó, o mejor dicho, me ignoró. Se enfrentó al espectro y le gritó. —¡Lárgate y púdrete en el infierno, maldita! ¡Vuelve junto a tu Amo, el Príncipe de las Tinieblas, con quien hiciste un pacto! ¡Fuera!

Aquella cosa dejó de gritar y las lenguas de fuego, esta vez mutaron del negro a los colores del arco iris, empujando a la figura a la fogata.

—¡Seco!— gritó Morgana.

La fogata se apagó con un sordo “¡puff!” dejando solo marcas negras en el piso.

—Morgana, quiero decirte algo.

—Lilith, estoy muy cansada. Vamos a ver la bola de cristal, quiero aclararte algo.

La sala de estar estaba a oscuras a excepción de algunas velas ardiendo en candelabros esparcidos por toda la estancia y el titilante fulgor de la bola de Cristal.

—¡Está encendida!

—Porque la consultaré yo, querida amiga. Ahora cállate y mira.

La bola de cristal se tornó tan blanca que iluminó por completo el ambiente. Primero logré distinguir formas y luego aquellas formas se volvieron tan nítidas que reconocí a Mariana. Ella estaba de pie en el balcón de un edificio. Tenía la mirada perdida y estaba apenas tapada con un ligero camisón negro. Con la misma expresión aturdida, trepó la cornisa, alzó las manos sobre la cabeza y se arrojó al vacío como un ave, pero ella se fue para abajo, gritando.

—¡Se mató! ¡Y también por mi culpa!

Me puse histérica, y empecé a tirarme de los pelos.

—Lilith.

—¡Soy una asesina!

Me arañé la cara, trazando surcos en las mejillas. Sentí algo caliente, sería sangre.

—Lilith, cálmate.

—¡Soy horrible, horrible! ¡No puedo ser un monstruo!

Morgana me tomó de las manos, impidiendo que siguiera haciéndome daño.

—¡Empujé a Mariana y a Rafael al suicidio! ¡Rafael se lo merecía, pero Mariana no!

¡Me odio!

—Cállate.

Me pegó una cachetada.

—Lo siento, querida amiga. Era necesario.

Me calmé y recuperé, por fin, la cordura.

—Sentémonos y platiquemos. ¿Qué quieres tomar? Tal vez un ron te haga bien.

—Sí.

Saboree el ron y la escuché.

—Querida Lilith, lamento haberte pegado, pero entraste en un ataque de nervios y no quería darte de beber ningún elixir, porque podría invertir el trabajo mágico que estamos haciendo para deshacerte de tus enemigos. ¿Me entiendes?

—Ajá.

Se cruzó de piernas y acarició su collar de serpiente. Estaba vez llevaba una bata de raso de color negro y, haciendo juego, calzaba unos zapatos clásicos de taco aguja.

—Mariana ha hecho un pacto con El Ángel Negro, porque quería a Rafael a su lado, no por amor. Su Amo lo aferró a ella pero como el zorro pierde el pelo pero no las mañas, él continuó a su lado pero engañándola con otras mujeres. Ella también hizo lo mismo, y se hizo amante de Gonzalo.

Morgana relató toda la historia. Me habló de una Mariana pobre, desprovista de inteligencia pero sabedora que en la facultad de Medicina existían muchos herederos ricos interesados en doctorarse.

—La muy estúpida quiso una vida llena de lujos, y amarró a Rafael haciendo un pacto con El Príncipe de las Tinieblas y además usó al Ángel Negro para poder doctorarse en medicina, ya que era tan idiota que no podía haber aprobado un solo parcial. Él se lo cumplió, pero al intervenir yo con mi magia, y suicidándose Rafael, Mariana se volvió loca. Por eso se mató.

—¿Pero por qué vino aquí?— no entendía nada.

—Fue su paso anterior al infierno, para atormentarte. Gracias a la magia, tú estabas aquí, conmigo, porque de lo contrario ella te hubiera hecho daño.

Se me puso la piel de gallina, de solo pensar que, tal vez, durmiendo, se me hubiera

aparecido el espectro de Mariana era como para poner los pelos de punta a cualquiera.

Pero tenía una pregunta más en el tintero.

—Ella...Mariana, ¿descansa en paz?

Morgana echó la cabeza hacia atrás lanzando una carcajada.

—¿Paz? ¡Ella nunca tendrá paz porque fue mala en vida y además hizo un pacto demoníaco, Lilith! Ahora la maldita está quemándose en el infierno, o sea: “*Confutatis Maledictis, flammis acribus addictis.*”

Pensé un segundo y dije:

—¡Mozart! Es parte del réquiem, lo adoro.

Mientras elegía a mi antojo al próximo amante que tendría la dicha de pasar una noche conmigo, tuve un inconveniente con el médico jefe de residentes, el doctor Bermúdez. Llegó al hospital suplantando al amable doctor Lara, un viejito que era querido por todos pero que enfermó del corazón. Pero uno de mis admiradores me contó que era probable que el doctor Lara se terminara jubilando. Además, el tal Bermúdez al parecer se las agarró conmigo, porque me tomó de punto.

Bermúdez era un tipo de unos cincuenta y pico de años. Era alto e imponente, con una mata de cabellos grises y algunas entradas, pero de rasgos armoniosos. Unos ojos oscuros y expresivos, la nariz firme y recta, los labios finos y el mentón con un hoyuelo en el medio. Era varonil pero detestable, sobre todo cuando me miraba con altivez.

—Álvarez, venga— me llamaba con un odioso movimiento de índice como si yo fuera un perro o un mono amaestrado.

—Respóndame esta pregunta.

Yo le contestaba al instante porque siempre tuve buena memoria.

—¡No, Álvarez, no! ¡Está mal!

La mirada le relucía de odio y desprecio. Y sus labios finos, dejando los dientes al descubierto mostrando una mueca feroz, desaparecían. Pero el maldito lo estaba

disfrutando, tanto como una buena mamada. Lo supe sin necesidad de que nadie me lo dijera.

Para él todo lo que hacía o decía estaba mal, si mi respuesta era muy técnica, demasiado informal, demasiado larga o corta.

—Esmérese la próxima vez, señorita. Yo no soy el doctor Lara— dijo una vez.

En ese momento no pude soportarlo más. Aguanté que me hablara mal, que me tomara por idiota frente a todo el mundo rebajándome a una estudiante reciente cuando ya era una médica. ¡Y recibida con honores, porque una Álvarez nunca fracasaba!

Pero ya era el colmo. Lilia bajaba la cabeza y asentía en silencio, pero Lilith, jamás.

—¡Qué lástima que no es el doctor Lara, porque usted no le llega ni a los talones!—

grité ante la sorpresa de mis compañeros de residencia. Completé mis palabras con una mirada desafiante, la barbilla en alto y las manos apoyadas sobre las caderas.

—¡Insolente! ¡Váyase y no vuelva!

Me fui sin sacarme siquiera el delantal de médica. Tomé mi cartera exclusiva, un diseño clásico que me regaló uno de mis amantes recientes y abandoné el aula.

Durante el resto de la semana seguí preguntándome qué clase de conjuro podría hacerle al infeliz de Bermúdez para que su vida se convirtiera en un infierno. Contrario a lo que pensé, Morgana no estuvo de acuerdo conmigo.

—Te has excedido, Lilith. Y el tipo ahora te odia.

—¿Qué voy a hacer?— estaba desesperada.

Venía bien con mi rendimiento en el hospital y justo cae ese estúpido de Bermúdez desde el cielo para arruinarme la residencia.

—Vigilaremos en la bola de cristal a ver que podemos hacer para ablandarlo, aunque te aviso que no será fácil. El tipo goza haciendo sufrir a los residentes, y a ti te tiene entre ceja y ceja.

—¡Carajo!

—Deja ya de quejarte, que con lo último que hiciste, lograste...

—Cagarla del todo. Ya lo sé.

—Ponte la capa y vamos a la terraza. Aprovecharemos la luna menguante para ver en la bola de cristal.

Nos pusimos las capas de ceremonia y saludamos al Altísimo. Para mí sorpresa, la bola de cristal estaba ya en la mesita de la terraza sin que Morgana hubiera hecho la invocación para llamarla.

—Eso fue porque Altísimo te escuchó, querida Lilith. Es una buena señal porque está de tu lado, pero a la vez también muy mala porque el problema que tienes con el doctor Bermúdez es grave. Veamos que nos muestra la bola de Cristal. ¡*Luminum!*

La bola se encendió.

Mostró al Doctor Bermúdez enseñando, ejerciendo como jefe de médicos en un sanatorio reconocido. Era uno de los mejores cardiólogos de la ciudad, pero su prestigio no alcanzaba al del doctor Lara, jefe del sector de cardiología del hospital Fernández y jefe de Cátedra de una de las principales materias de la facultad de Medicina, que, además trabajó con el reconocido y difunto Doctor Favaloro. Aunque el doctor Bermúdez a la edad del doctor Lara tal vez tuviera ese mismo currículum. ¿Y yo tenía que hacer con él la maldita residencia? ¡Hijo de puta!

—Cálmate, Lilith. Exageras. Bola de cristal, ¡muéstrame el pasado del doctor Bermúdez!— exigió Morgana.

Pude ver la imagen del doctor y ante mis ojos sus rasgos empezaron a mutar, como si fuera una película vuelta hacia atrás: sus cabellos ondulados y grises se hicieron oscuros de nuevo, transformándose en castaños. Las entradas desaparecieron. Sus arrugas se suavizaron, dejando la piel tersa. Era la cara y la piel de un joven. No, la de un adolescente. Catorce años. Una mujer estaba frente a él y de espaldas a la bola de cristal, por eso no podíamos verle la cara.

—¡Estúpido! ¿Cómo puede ser que hayas fracasado de nuevo?

—Mamá, prometo ser el mejor de mi clase. Pronto.

—Siempre tan inútil. ¡Y tu padre y yo esforzándonos para pagarte las clases particulares para el ingreso al Nacional Buenos Aires! Y nos la devolvés así, con un asqueroso promedio de ocho.

El joven Bermúdez bajó la cabeza y lágrimas de humillación brillaron en sus ojos, pero si lloraba su madre se pondría peor.

Volvía a su cuarto y estudiaba. Estudiaba con ahínco, pero su madre jamás estuvo contenta. Siempre le exigía más.

La bola de cristal lo mostró de adulto. Sus rizos castaños se veían cortos y ya tenía una sombra de barba en las mejillas y en el mentón. Recibió el título de médico. En el aula magna de la facultad de medicina todos aplaudían, pero la madre lo miraba muy seria. “¡Debiste haberte graduado con el promedio más alto, idiota! ¿Ahora que voy a decirle a nuestras amistades?”

Bermúdez dejó de sonreír cuando vio aquella expresión tan severa de su mamá. Ya

no lo emocionaban los aplausos y se le entristeció la mirada.

Lo que me sorprendió fue que leyera las mentes de los dos. ¿O lo adivinara todo con las escenas que estaba viendo?

—No, Lilith. Fue sólo un recuerdo— respondió Morgana.

—No pregunté nada en voz alta.

—Lo adiviné por tu expresión. Bien, ese fue su pasado más antiguo. Veamos ahora su pasado reciente; odiaba y amaba a su madre, porque para ella nunca fue lo suficientemente bueno o brillante. ¿Cómo será su esposa?

Los flashes de imágenes en la bola de cristal fueron pasando rápido delante de mis ojos. El doctor Bermúdez siguió capacitándose. Ya tenía varios diplomas acumulados. Iba ganando poder y eso se notaba en su expresión, que era dura y altiva, casi como en la actualidad pero con veinte años menos.

Morgana y yo vimos que salía con una chica de su edad. Están en la iglesia, se casan, ella se embaraza y él acaricia su abdomen de pocos meses. De repente a ella se la ve en la sala de parto. Sale un bebé. Pasa más tiempo y se vuelve a embarazar. ¡Otro hijo! Otro más, y otro más.

Su esposa ya no es dulce, sino que se vuelve dura y exigente. Lo reprende por todo. Nunca está contenta. Discuten y ella gana las peleas porque lo insulta, le dice que podría ganar más para tener una vida acomodada. Que el auto que tienen no es nuevo y ella quería uno importado. Y los chicos no van a un colegio importante. Ella se queja de todo. El doctor Bermúdez quiere complacerla, y la ama, pero también la odia.

—Como a su madre, Lilith. El idiota siguió el patrón. ¿Y a qué no sabes con quién lo continúa?

—No.

—¡Contigo, tonta!

—¿Y yo qué mierda tenía que ver en todo eso? Me señalé el pecho sin poder articular palabra.

—El problema es que estás a su merced y en lugar de bajar la cabeza como las demás, le haces frente.

—¡Pero el martes fue el único día que le contesté mal!

—Sí, pero no te muestras sumisa y complaciente como las otras residentes, además no es ciego. El tipo ve que manejas a tu antojo al resto de los hombres en el hospital. Es un misógino retorcido y te has puesto en un gran aprieto con tu porte y tu belleza. Te desea pero a la vez te odia.

—¿Y qué puedo hacer para remediarlo?

Morgana sonrió.

—Escucha con atención sin interrumpirme. Lo que debes hacer no depende de ningún conjuro o magia. Sino de actitud.

Martes por la mañana en el hospital. Esperé a que Bermúdez estuviera solo en su despacho y espíe: estaba guardando sus cosas en una mochila.

Respiré hondo y di un paso. Era hora de hacer mi teatro. Entré y debí hacerlo de manera muy silenciosa, porque siguió acomodando su notebook en la mochila, sin advertir mi presencia. Cuando levantó la cabeza ya con la mochila al hombro, su mirada se llenó de sombra.

—¿Qué quiere? ¡Ya le dije que no quiero volver a verla!

—Por favor, doctor Bermúdez.

—Váyase y no me moleste— y me sonrió con burla—: ¡O mejor quédese para imaginarse que terminará la residencia, señorita Álvarez!

El calor me invadió la cara en rápidas oleadas. Lilia, ya transformada en Lilith detestaba que un hombre, cualquier hombre, sea joven o viejo, alumno o profesor, la tratara con desprecio o altivez. Tuve que contar hasta diez para serenarme y seguir las indicaciones de Morgana.

—Señor, dígame lo que puedo hacer para poder disculparme con usted— mi voz de desesperación sonó muy auténtica.

—¡Deje de hacerse la víctima porque no le creo nada! Conozco a las de su especie.

“Como tu madre o tu mujer, hijo de puta”, pensé mientras apretaba los puños. Pero me concentré en mi actuación. Pensé en cosas tristes y me largué a llorar. Primero con esfuerzo y luego con tristeza auténtica.

Cuando pensé que aquel maldito no reaccionaría, dejándome sola en el despacho habiéndome humillado al divino botón, ocurrió el milagro.

—Señorita, no llore.

Además de hablar rápido, ser nervioso y usar malas maneras al hablar, Bermúdez también caminaba rápido, siempre parecía apurado. Era otra de las cosas que detestaba de él. Pero a través del prisma de mis lágrimas de cocodrilo, festejé con una sonrisa cuando lo vi volver a la carrera desde la puerta del despacho, dejar la mochila en su sillón y acercarse con una desconcertante expresión, mezcla de dulzura y remordimiento.

—Cálmese, tampoco es para tanto. ¿Quiere un poco de agua? Tengo una botella en la

mochila.

Lo miré asintiendo. Fingí que estaba tan angustiada que apenas podía hablar. Aunque por dentro me reía a carcajadas.

El agua estaba apenas fría, pero bebí un poco.

—Disculpe si no está helada. ¿Se siente mejor?

—Gracias— dije con voz trémula de nenita desvalida.

—Hablemos. Siempre se puede llegar a un acuerdo, señorita Álvarez. Siéntese.

Lo miré, y el tipo no estaba nada mal. Era atractivo, y sin esa mirada asquerosa de siempre me gustó mucho. Ya era mío.

Después de tomar un café en un bar cercano al hospital y charlar durante un rato, me llevó a un lindo hotelito cerca de Retiro. Al revés de lo que venía haciendo desde mi transformación con el conjuro de Venus, decidí volver a ser la Lilia sumisa y complaciente de antaño. Me dejé desnudar y besar como si fuera una jovencita a punto de perder la virginidad.

Yo, que estaba acostumbrada a los cuerpos jóvenes de los veinteañeros, el de Bermúdez no me pareció nada feo. Era varonil y su madurez y experiencia, muy sensuales. Me dejé llevar por la pasión y aunque me moría de ganas por enseñarle quién era la más excitante y caliente mujer con quién hubiera estado, me contuve. Con esa actitud, él no escatimó en caricias ni en un buen acto sexual. Me dijo al oído que era hermosa, muy hermosa. Que le gustaba enseñarme todo y que lo calentaba que me mostrara como una alumna brillante y aplicada en todos los aspectos, pero que también le diera su lugar de profesor. No fue difícil complacerlo.

Aunque yo quería mi revancha. Nos vimos unos días después en el mismo hotelito. Y en esa oportunidad le demostré con creces que era una alumna que aprendía rápido. Morgana me dijo que tuviera cuidado con mostrarme atrevida en exceso porque todo podía darse vuelta en mi contra. Pero no fue así porque manejé la situación con muchísima habilidad. Le demostré que dominándolo también podía pasarla bien, porque eso no quería decir que lo estuviera rebajándolo o despreciando, sino que era para el placer de ambos.

Por eso dejó que le mostrara un jueguito: le tapé los ojos con un pañuelo negro y se dejó atar las muñecas en el respaldo de la cama con su propia corbata. Le dije que sería muy excitante y él aceptó, un poco nervioso y tenso al principio, pero después me dio carta libre para seguir con lo mío. Lo besé, lo lamí y lo mordí con suavidad. Cuando estuvo a punto, se soltó las manos y me tomó con una pasión que me sorprendió.

Después de disfrutar a pleno de una buena tarde de sexo, los dos nos quedamos charlando envueltos en nuestras batas de algodón con el logo del hotel. Nos habíamos duchado juntos.

—Lilia— me dijo con una sonrisa tomándome de la cara. Acarició también mis rizos mojados.

—Soy Lilith, Alberto.

Ahora era Alberto, y no Bermúdez.

—Como quieras que te llame, Lilith. Suena flojo lo que voy a decirte, pero la pasé muy bien.

—Yo también.

Con una seña me pidió que lo esperara y llamó por teléfono. Pidió champagne.

—¿Y esto?— dije mientras lo veía descorchar la botella con una sonrisa de satisfacción.

—Voy a arreglar las cosas con respecto a la residencia. Te va a ir bien, ya vas a ver.

—No quiero eso.

—¡No seas tonta!

—Yo quiero hacer las cosas bien.

Chocamos nuestras copas.

—Está bien, tu desempeño siempre fue brillante, pero me disgustaba tu actitud soberbia, por eso quise castigarte.

—Lo sé— dije tomando un sorbo de champagne pero bajando la mirada como si fuera atacada por la timidez. Tenía que ser cuidadosa hasta en el último detalle.

Me señaló con el dedo riéndose.

—Esta vez vas a esforzarte mucho por ser mejor que los demás, porque vos y yo estamos hechos del mismo material. Nacimos para mandar y triunfar. Somos líderes en todo.

—Es verdad.

No era cierto que éramos del mismo material porque yo no me dejaría mandonear por nadie como él, que se rebajaba con las quejas de su madre y después a las de su mujer. Aunque por supuesto era mejor no llevarle la contraria.

—Quiero el mejor desempeño, el más brillante. ¿Se entendió?— su mano era cálida en mi mejilla. Completó la caricia con un pellizco en mi mentón.

—Y si me enseñás de nuevo un poquito.... —susurré bajando de nuevo la vista. Pero

me las arreglé para alzar las piernas en la cama, acomodándolas de costado para que se lucieran a través de la bata entreabierta.

Con una carcajada me quitó la copa de la mano y me recostó de nuevo en la cama para besarme y hacerme suya de nuevo.

Volver a mi ciudad de origen en las vacaciones de verano fue toda una sorpresa. Para la ocasión, porque hacía calor, me puse un hermoso vestido blanco y zapatos al tono. Envolví el pelo en un rodete y me maquillé con sencillez.

Gracias a mi desempeño en la residencia, mi papá me había dado plata para comprarme un auto, además de aumentarme la mensualidad. Con ese dinero extra pude pagar las deudas que tenía con Nadina y devolverle un poco del dinero que me prestó Florencia. Ella no aceptó al principio pero la obligué a que accediera a tenerlo.

Llegué a la casa de mis padres, una mansión construida como un palacete español. Como cada año que llegaba allí, nadie me recibía. Detuve mi autito negro y caminé hacia la puerta. Con el sonido del timbre me atendió Bernarda, la mucama vieja y fiel a mi mamá desde que era chica.

—¿Sí?

—Berni, soy yo.

Abrió bien grandes los ojos y parpadeó. Sus facciones, cercadas por miles de arrugas, se tornaron confusas. Su expresión era como para filmarla.

—¿Señorita Lilia? ¡Qué cambiada está! Muy bonita se encuentra, pase que los señores la esperan en el comedor.

Mis padres y mis hermanos también se quedaron estupefactos. Elogiaron mi nueva forma de vestir, mi desempeño académico y hasta el auto adquirido.

—Papá. ¿Ahora soy una verdadera Álvarez?— pregunté mirándolo con ironía.

Mi papá se refregó la calva con la confusión pintada en la cara, pero una vez recuperado, dijo:

—¡Por supuesto! Estás casi sobrepasando a tus hermanos.

—Sos nuestro orgullo, Lilia— agregó mi mamá.

Brindamos en mi honor. A partir de ese momento, la abundancia llegó a mi vida. Mis padres no escatimaron en gastos, accediendo a todos mis caprichos.

Una noche, la anterior a volverme a la capital, me llegó un *whatsapp* de un número que desconocía. No entré al chat sino que lo leí por encima, para que no viera que estaba online y se le marcaran las dos tildes del visto.

“Hola, bebé”

¡Gonzalo! Me vinieron un odio y una ansiedad tales que me fue complicado seguir tomando el té en paz con mis hermanas gemelas y sus amigas, que a todo esto me miraban con mucha envidia.

—¿Otro candidato a novio?— preguntó una amiga de mis hermanas.

—No, un amigo— mentí.

Ninguna me creyó.

—¿Se enteraron del suicidio de Rafael?— comentó una del grupo y dirigió una mirada significativa a mí—: Vos, Lili. ¿Lo conociste?

—Lo conocí. Además su novia también se suicidó.

—Ohhhhh— exclamaron todas.

Siguieron con los comentarios tontos: pobre chica, y claro, al suicidarse el novio, ¿qué podía hacer ella? Comentaron las maravillas que se hablaron sobre Rafael en las páginas de sociedad, que era un buen tipo, un excelente jugador de rugby y además un heredero rico. ¡Qué feo final y qué espantosa decisión! Yo, la única que sabía la verdad, me callé porque supe hasta que punto era peligroso que supieran que Rafael había tenido algo conmigo.

Sonó el teléfono nuevamente con un *whatsapp* que leí, porque era de Morgana.

“Dos cosas: 1) bloquea el número de Gonzalo, no permitas que te contacte, ya te explicaré. 2) Dame su dirección y si los tienes, sus horarios de trabajo.”

Hacía poco que conocía a Morgana, y si hay algo que calé en ella desde el principio era que detestaba que se le hicieran preguntas cuando exigía algo. Con la curiosidad a pleno, bloquee a Gonzalo en *whatsapp* y le dije a ella lo poco que sabía.

“Bien, eso servirá para el plan que armé. El primer viernes de la vuelta de tus vacaciones, ven a verme.”— tipeó por *whatsapp* desconectándose después al instante.

Dejé el celular de lado, pero me fue complicado concentrarme en obligaciones familiares y sociales con los míos. Me sentía hastiada y todo me aburría. Di un suspiro de alivio cuando llegó el día de mi partida a la capital.

—Espero que nos traigas pronto un novio— deseó mi mamá.

—La noticia de tu trabajo como cardióloga en la mejor clínica de Buenos Aires o en el hospital de Clínicas, eso es lo que tenés que traer— pidió mi papá.

—Papá, con lo linda que se ve ahora, seguro que trae muchos novios— elogió mi

hermano Juan.

—Salí con todos, no te metas en serio con ninguno y concéntrate en tu carrera— dijo una de las gemelas, abrazándome.

Volvía a la ciudad un poco inquieta. Manejaba con cautela porque temía distraerme y matarme. Tenía los ojos en la ruta pero mi mente volaba:

Rafael tirándose en las vías justo cuando el subte arribaba a la estación.

Mariana alzando las manos para luego arrojarse de la cornisa del balcón.

—¡Cuidado, estúpida!

El insulto me hizo reaccionar porque estuve a punto de atropellar a un ciclista. Estaba cerca de capital y eso hizo que me despejara.

—Vamos rápido al salón de rituales, querida Lilith.

Ese fue el recibimiento de Morgana. Vestía de azul con su conocida bata de satén, zapatos de taco altísimo y uñas al tono. La seguí a través de las escaleras. Y cuando estuvimos dentro de la habitación, pareció dudar.

—Mejor primero a la terraza. Hoy es Cuarto Creciente.

La seguí hasta la terraza y después me extendió la capa que usé la vez que arrojamos el amuleto que confeccionó para que enloqueciera de deseo a Rafael.

—Morgana, es una noche muy calurosa— protesté.

Me siguió tendiendo la capa.

—Hazme caso y úsala. El ritual de amarre que haremos es tan poderoso que el clima

cambiará.

—El clima cambia por sí solo— dije poniéndome la capa de mala gana.

Morgana se rió con ganas.

—Querida Lilith, por haber abandonado tu status de mortal común y corriente, dejas mucho que desear. Muchos rituales de magia son tan fuertes, que hasta el clima cambian. Incluso hacen que estrellas fugaces aparezcan en el cielo.

Nunca supe si hablaba en serio o no. La gruesa capa de terciopelo me hacía arder la piel sobre mi vestido de verano.

—Presta atención a lo que ves.

—Sí.

—¡Bola de cristal!— gritó y la bola se materializó desde el aire.

La bola de cristal se mantuvo suspendida en la nada y ella la manejó con el dedo índice mientras sonreía como si aquel movimiento lo hiciera sin esfuerzo alguno.

El viento empezó a sacudir las ramas de los árboles cercanos a la casa y agitó su larga cabellera. La capa se agitaba sobre su cuerpo. Una poderosa concentración realzaba sus rasgos perfectos. Nunca me había parecido tan hermosa.

Guio la bola hasta que quedó por fin sobre una mesita de madera.

—Ven, querida amiga. Acércate—Morgana ordenó a la bola de cristal— ¡*Luminum!*

Esta se encendió como si fuera un haz de luz poderoso.

Comencé a ver todo en la bola de cristal y ahogué un grito cuando observé la escena: Gonzalo caminando por la calle, cerca de su casa.

El viento transformó el aire haciéndolo frío. Fue como si la temperatura bajara unos veinte grados de golpe. En el cielo, la luna empezó a verse clara; las nubes fueron

barridas por el viento. Las estrellas brillaron, espectrales y vidriosas pero la luna era la protagonista de la noche: ante mis ojos agrandados por el asombro, comenzó a crecer de manera rápida. Cuando llegamos a la terraza era apenas una uña delgada tapada por las nubes, pero se hizo cada vez más grande y luminosa. De una uña insignificante, se transformó en media luna.

—¡Lilith, no te distraigas! Mira la bola de cristal.

Observé con atención y Gonzalo caminaba por una calle oscura, cuando cuatro figuras vestidas de negro y con las caras tapadas lo rodearon.

Gonzalo los miró con sorpresa e intentó seguir su camino, pero uno de las figuras le cerró el paso mostrándole una navaja. Gonzalo empezó a repartir trompadas, pero cuatro fueron demasiado contra uno. Empezaron a golpearlo, primero lo atontaron y uno de ellos, con una patada que pareció una toma de karate, logró derribarlo. Uno de los encapuchados le pasó un trapo por la cara llena de sangre. Se me puso la piel de gallina. ¿Gonzalo seguía importándome?

—Tenemos su sangre. Esto pasó hace unos minutos, Lilith. Ya vienen para acá— dijo Morgana aplaudiendo de la alegría.

Uno de los encapuchados subió a la terraza. Al mirarnos hizo una reverencia.

—¡Un poco de respeto! Quítate la capucha ante quienes son más que tú— dijo Morgana con disgusto.

El hombre se quitó la capucha y observé su rostro. Era un tipo común, de unos sesenta años. Le temblaba la papada al estar frente a Morgana. No pude adivinar si era de admiración o miedo.

—Perdón, mi señora.

Otra vez bajó la cabeza en señal de respeto.

—Quiero el trapo con la sangre.

El hombre le dio un paquete que Morgana casi le arrancó de la mano. Con los labios apretados empezó a deshacerlo, quitándole el envoltorio. El trapo con la sangre brilló a la luz de la luna.

—Bien, ya no te necesito. Lárgate.

—Mi señora, mis hombres y yo estaremos siempre a sus órdenes.

—Es lo que corresponde. Ahora lárgate de aquí que estoy haciendo un ritual muy importante. ¡Fuera!

El hombre se tocó la frente en señal de respeto y no le dio la espalda, sino que caminó hacia atrás, siempre con la cabeza gacha y con la capucha entre las manos hasta salir de nuestro campo visual.

—¿Quién era?

—Un mafioso tosco y de mala muerte que acudió a mí para que le diera riquezas e impidiera que su mujer lo abandonara. Se hizo millonario con sus negocios sucios y ahora su esposa le dio su tercer hijo. Tiene una deuda de por vida conmigo, y por eso cuando necesito este tipo de favores, viene corriendo. Teme perderlo todo. ¡Estúpido mortal! No sabe que mi magia es tan poderosa que no puede ser deshecha ni por mí misma.

El tipo tenía una cara redonda y ordinaria. Pero me llamaron la atención sus anillos, en especial uno de ellos con una piedra grande y roja. Demasiado llamativa y ostentosa para no ser un rubí. El famoso nuevo rico.

—La sangre de tu amado, querida Lilith— dijo Morgana tendiéndome el trapo.

Tragué saliva con esfuerzo al ver su sonrisa siniestra. Con su pelo movido por el viento, el brillo de la hebilla de plata de su capa a la luz de la luna y su rostro hermoso y maldito, me pareció la viva personificación del mal.

—No es mi amado.

—Claro que lo es. ¿O no te mueres de pena al saber que está tirado en el suelo y lastimado? Mira su sangre en el trapo, se esté secando.

Gonzalo. Sus besos. Sus caricias. Aquel cuerpo sensual y perfecto. El aroma embriagador de su piel húmeda por el sudor del deseo. Hermoso y caliente sobre mí.

Quise tocar el trapo y con un movimiento del índice de su otra mano, Morgana lo elevó en el aire, fuera de mi alcance.

—La sangre, poderosa arma de los hechizos. Sangre que circula por sus venas. Sangre de su sangre. Mira, Lilith.

La sangre seca comenzó a mutar del tono marrón al rojo brillante. Se volvió líquida y empezó a gotear sobre el suelo.

—¿Ves? Gonzalo está vivo, de lo contrario la sangre del trapo seguiría seca. Veremos qué hace ahora.

Nos acercamos otra vez a la bola de cristal.

—Morgana, esto es demasiado. No sé si estoy preparada.

—Claro que lo estás, Lilith. Eres una bruja de verdad.

—No quiero ser bruja.

—Desde el momento que dijiste que te vengarías de todos, y harías justicia, te convertiste. ¿Amas de verdad a Gonzalo?

Estoy segura de que me embrujó porque empecé a pensar en cosas malas: recordé

cuando los amigos de Gonzalo se burlaron de mí y la trompada en la cara que me dio cuando nos encontramos en la biblioteca, además de decirme sin un atisbo de pena o vergüenza que todo lo hizo por dinero.

—¡No! ¡Lo odio!— grité con todas mis fuerzas.

—Repítelo.

—¡Lo odio!

—Así me gusta.

La bola de cristal volvió a iluminarse. Un Gonzalo maltrecho y golpeado, entró a su departamento sosteniéndose el costado y con la remera llena de sangre. Me dio impresión darme cuenta de que tenía una fea herida en la cabeza, en el nacimiento del cuero cabelludo.

Lo vi buscar el teléfono, tal vez para hacer la denuncia a la policía.

—¡Detente!— exclamó Morgana con el índice señalándolo a través de la bola de cristal.

Gonzalo dejó la mano suspendida sobre el teléfono. Tenía la vista perdida y parecía petrificado.

—Por el poder de las almas perdidas y de la magia de desesperación, yo te conjuro Gonzalo.

Gonzalo volvió a moverse pero con la mirada perdida, como si nada más le importaran las palabras de Morgana.

—Inservible mortal, te amarro con mi magia y el poder del Altísimo, mi señor.

El índice de Morgana despidió un haz de luz violeta que ingresó a través de la bola de cristal en dirección a Gonzalo.

Las heridas de Gonzalo comenzaron a cerrarse, estaba como si no lo hubieran golpeado. Solo quedaba como prueba la mancha de sangre en su remera. El haz de luz lo rodeó suavizando su expresión. Cerró los ojos sonriendo.

Una extraña brisa lo hacía girar y le agitaba el pelo. Estaba hermoso.

—Está gozando, ¿lo ves? pero le durará poco— rió Morgana y luego se puso seria—: ¡Cadenas y grilletes de amarre: aprésenlo y no lo dejen escapar!

El haz violeta que salió de su dedo se tornó negro. Cuando atravesó la bola de cristal, se dividió, a su vez, en varios haces que rodearon a Gonzalo, sin dejar que siguiera girando y que aquella brisa le agitara el pelo. Algunos de los haces se transformaron en cadenas que le rodearon la frente y el pecho, además de los hombros. Otros se apoderaron de sus muñecas y hasta los tobillos, mutando en grilletes.

Gonzalo dejó de sonreír. Fue como si hubiera tomado un veneno exquisito, que lo hacía vibrar y a la vez sufrir.

—Escucha, querida amiga— dijo Morgana.

Me acerqué más a la bola de cristal. La voz de Gonzalo se escuchaba en susurros pero era perfectamente audible.

“Mmm, Lili. Lili...”

—Que no diga mi nombre— pedí muerta de miedo.

—Escucha a tu amante, querida Lilith. ¿No ves que te está llamando?

“Mmm, Lili. ¡Ay, bebé!”, Gonzalo se mordió los labios con placer, sin abrir los ojos.

—¡Qué deje de llamarme!— me tapé los oídos.

“Lili, mi amor...mmm, me encanta eso...Así, bebé.”

Debe haber sido producto de la magia, porque aún con las manos tapándome los

oídos, escuchaba la voz de Gonzalo. Sus susurros de placer, llamándome y pidiéndome de manera seductora que siguiera complaciéndolo.

—Lilith, debes ir con él—dijo Morgana.

—No, no, no, no.

“Lili, reina...quiero, yo quiero más de vos.”, decía él.

—¡Que se calle!

—No será así, Lilith. Tan solo se podrá incrementar. ¡Amarre de desesperación, que no piense en otra cosa!

La cadena que rodeaba la frente de Gonzalo se hizo más gruesa y estrecha. Pero en lugar de sufrir, Gonzalo siguió disfrutando, pese a las lágrimas que le salieron de los ojos.

—Ya fue suficiente. Dejémoslo dormir, mañana no recordará nada de lo que le pasó, o, a lo sumo, pensará que fue una pesadilla.

Miré a Morgana con asombro.

—Bueno, tal vez le resulte extraño lo de la sangre de su remera, pero la tirará y acabará por olvidarse del asunto, Lilith.

Gonzalo abrió los ojos y, como un autómatas, se dirigió al dormitorio. Así, vestido como estaba, se tiró en la cama.

—Duerme, mi querido y hermoso mortal. Duerme muy tranquilo esta noche, porque de ahora en adelante solo Lilith estará en tus sueños y la vida se tornará un infierno para ti si no la tienes entre tus brazos— dijo Morgana.

Gonzalo se acomodó de costado y sonrió, cerrando los ojos.

El viento del patio volvió a tornarse cálido, la temperatura habrá subido veinte

grados de golpe y me quité la capa muy deprisa.

—El conjuro terminó, querida amiga. Gonzalo ya es tuyo, y como un amo con su perro, podrás hacer de él lo que se te antoje.

Antes de retirarme, Morgana me invitó a la sala de estar para explicarme algunas cosas.

—No es que no seas capaz de seducir y volver loco a Gonzalo con tus encantos, querida amiga. Pero Gonzalo es un tipo particular.

—¿A qué te referís?— pregunté mientras recibía una copa de champagne.

Morgana alzó su copa y las chocamos, para después sentarnos una enfrente de la otra.

—A diferencia de Rafael y todo el séquito de admiradores que tienes, Gonzalo es escurridizo y, además, un rematado hijo de puta. Sin duda, el peligro sería que tú terminaras amarrada a él.

—Entiendo cada vez menos.

Morgana se puso de pie y empezó a caminar acariciando el borde de la copa de cristal. Después me dio la espalda. No recordaba que tuviera el pelo tan largo y brillante. La bata de raso azul se ajustaba con seducción sobre aquella estrecha cintura.

—Te explicaré: con lo bella que te ves, podríamos haber hecho un hechizo de magia blanca para atraerlo.

—¡Él me contactó!

Morgana se volvió hacia mí con una sonrisa enigmática. Con la larga uña del dedo índice tocó el lunar de la mejilla izquierda, aquel que tenía forma de corazón.

—Porque hice la prueba con un conjuro simple. De esa manera me di cuenta que sigue interesado en ti, pero al leer en su mente también percibí que sigue siendo el mismo de antes. Si lo vuelves a ver, reaccionará igual que la vez anterior y seguirá saliendo contigo pero para demostrarle a todo el mundo que puede tenerte cuando quiere.

—¿Algo así como un trofeo?— ya estaba empezando a entender.

—Exacto.

Terminé mi copa de champagne y quería más. Morgana llenó la copa de nuevo.

—Según tengo entendido, también se puede usar magia roja.

Morgana rió ante mi ignorancia.

—Querida Lilith, la eterna doctora: se ve que leíste sobre tema. La magia roja es una de las ramas de la magia negra. Es cierto que usamos magia roja porque trabajé con la sangre de tu adorado tormento, pero eso no lo hace disculpable. Has adquirido una deuda conmigo y tendrás que pagar por ello.

Tragué saliva con esfuerzo. El trago de champagne me supo a virutas de hierro.

—¿Y los haces de luz negros que salieron de tu dedo?— consulté.

Todo parecía un rompe cabezas. Morgana no terminaba de aclarar algo, que yo quería saber más.

—El color de los haces depende del tipo de magia que una bruja utiliza, querida Lilith.

Se la veía cansada. No era su única cliente, y no podía imaginarme que tuviera pendientes varios trabajos como el mío. Hasta yo estaba cansada y no había hecho nada.

—Claro que lo has hecho. Has dado toda tu energía, querida Lilith— dijo como si hubiera adivinado mis pensamientos.

Enarqué las cejas con sorpresa.

—El trabajo está dedicado a Gonzalo, pero la energía es tuya, querida amiga. Ahora vete a descansar y que el Altísimo te bendiga.

Cerré la puerta para ir en busca de mi auto, pero Morgana me aferró del antebrazo.

—Mañana puede que te sientas y hasta te veas distinta al levantarte. No te inquietes. Yo no estaré en la ciudad por unos días, ya que me iré del país para recuperar energías. Refúgiate en Florence, ella te ayudará.

Florescia se quedó helada cuando me vio.

—¡Lilia! Estás cada vez más...

—¿Bonita?— pregunté sin un dejo de humildad o de desconcierto. Ahora era un hecho verme atractiva a los ojos de los demás.

—Y tu perfume es muy rico. Tiene otra fuerza, te envuelve como un halo.

—Es la magia de Morgana.

Nos juntamos a charlar en un bar irlandés cerca de Retiro. Era la llamada hora feliz y estaba lleno de oficinistas que se tomaban una copa a la salida del trabajo.

—Perdonen, no es una falta de respeto. Pero quería dejar mi tarjeta.

Era un tipo lindísimo de unos treinta años y dejó su tarjeta personal en nuestra mesa.

—Para vos, rubia— agregó haciéndome un guiño con mucha sensualidad.

No miré la tarjeta y mucho menos le dediqué una segunda mirada a él.

—Lili, en lo que va de esta media hora que paramos en este bar, tuviste como veinte levantes— Flor estaba estupefacta.

—Si seguimos así vamos a poder hacer un asado con tantas tarjetas— dije con

indiferencia.

Florencia me dijo que estuviera tranquila, y que me ayudaría en todo lo que podría.

—Lo peor es que no siento ningún tipo de remordimiento por Rafael y Mariana—
agregué después de tomar un sorbo de cerveza.

—Es que sos otra. Nada te va a detener, no tenés escrúpulos, porque los perdiste por el
trabajo de Morgana. Nunca vas a ser la misma.

Se tocó el medallón que le colgaba del cuello.

—¿Qué es eso?

Florencia se acercó para enseñarme el medallón. Era muy hermoso. Pasé los dedos
por su estructura. Era frío y brillante.

—Es ónix, un tipo de Ágata totalmente negra y representa la dimensión que está más
allá de la vida terrestre.

En realidad entendí el significado de la piedra, pero lo que no terminaba de cuadrar
era porqué Florencia lo llevaba en el cuello.

—Fue de mi abuela, ella se lo dio a Morgana antes de morir porque eran muy amigas.
¿Sabés? Quizás pienses que Morgana es implacable e incluso cruel, pero ella es
generosa y la quiero mucho.

—Flor, yo no pienso eso. En absoluto.

Bastaba con mirarme, porque logró conmigo un milagro. Hasta me dolía la cabeza
por los suspiros y el deseo que emanaban los oficinistas hacia mi persona.

—Pero vos sos mejor que yo, Lili. O mejor dicho, Lilith.

—Me siento cómoda con ese nombre. Ya ni me gusta que me digan Lilia— era la pura
verdad—: ¿pero por qué decís que soy mejor que vos?

—Porque la magia de Morgana te transformó por completo. Esa fuerza...ese carácter, yo no lo tuve jamás. Se ve que en el fondo lo que hizo ella fue rescatar tu verdadera esencia. Al lado de Morgana harías grandes cosas.

Otra vez lo mismo. En una oportunidad, Morgana lanzó la misma frase y me hice la tonta.

—Yo no quiero ser bruja, solo quiero vengarme.

—Pero Morgana no se equivoca jamás. Ella vio algo en vos desde el principio.

Su comentario fue como para gritar y salir huyendo despavorida pero me lo tomé con soda. Ser hermosa y deseada, llena de regalos de mis conquistas, halagada y anhelada por cualquier hombre sobre la tierra, no estaba nada mal.

—Digamos que sí— no quise decir nada definitivo. Quién sabe si Morgana estaba escuchando y observaba la conversación desde la bola de cristal. Era como ser espiada por el Servicio de Inteligencia.

—No te entiendo, Lili.

—No importa. Quiero champagne— dije en voz alta.

En realidad simulé buscar al camarero, para llamar la atención de los hombres. La botella no tardó en llegar.

—Señoritas, en atención a ustedes, el caballero de la mesa de la esquina la envía.

Dirigí la mejor de mis sonrisas a nuestro admirador, corrección: a mi admirador. Con una sola de mis miradas pensé que se infartaría. Todo iba bien. ¿Pero donde mierda estaba Gonzalo? Más linda y todo no había vuelto a contactarme.

La respuesta a mi incógnita la tuve ni bien estacioné el auto en la puerta de mi casa.

—Hola.

Era Gonzalo. Estaba apoyado en el capó de su espectacular auto.

—Hola— dije con indiferencia activando la alarma de mi coche. Busqué las llaves en la cartera dispuesta a entrar al edificio pero Gonzalo me lo impidió tomándome del brazo y las llaves cayeron al piso con un ruido seco.

—Soltame.

Me incliné para agarrar las llaves y Gonzalo me las arrebató antes que pudiera tocarlas.

—No pude dejar de pensar en vos.

—No es mi problema. Dame las llaves.

Lo pulvericé con una de mis clásicas miradas. Gonzalo ofreció la palma abierta y le arranqué el manojito de llaves.

—Por favor, Lili. Disculpas, miles de disculpas.

—¿Así de fácil? La tontita con la que te acostaste por una apuesta se murió, así que andá a visitarla al cementerio.

Desde mi cartera, el celular hizo un sonido característico: recibí un *whatsapp*.

—Por favor, Lili—dijo él.

Saqué el celular en presencia de Gonzalo. Fue Morgana la que me escribió.

“Querida, Lilith. ¿Quieres presenciar como se ve Gonzalo en realidad con el amarre que le hicimos? Sigue negándote.”

“Sí”— tipié y le dije a Gonzalo—: Andate de una vez, no quiero verte ni escucharte nunca más.

Se lo dije a viva voz, con bronca auténtica más que para comprobar lo que Morgana

me estaba diciendo.

—Dejame demostrarte que cambié.

“Sigue negándote, querida amiga. Ya verás.”

—Si cambiaste bien por vos. Chau.

“Míralo, Lilith. Mira sus cadenas y sus grilletes de amarre, así lo vemos quienes sabemos usar la magia de verdad. Tu adorado tormento sufre mucho.”

Gonzalo tenía grilletes en cada muñeca, en los tobillos y cadenas en el cuello, en la frente y en el pecho, fue como cuando lo vi en la bola de cristal. Apenas podía moverse.

“Vuelve a negarte y te rogaré. ¡Es fabuloso! Lo disfruto tanto como lo disfrutarás tú, mi querida amiga”

—Morite, Gonzalo— dije haciendo buen uso de mi frialdad.

“El amarre de desesperación actúa ahora en él. ¡Sufre, maldito!”—opinó Morgana desde *whatsapp*.

La cadena de la frente de Gonzalo pareció apretarse y gotas de sangre surgieron cayéndole por sobre las sienes. Los grilletes de las muñecas también se angostaron.

—¡Ay!— hizo una mueca de gran dolor.

—No quiero más escenas de lástima en la puerta de mi casa. Andate de una vez.

“¡Bien, Lilith! Las cadenas y grilletes se ajustaran aún más”

Eso pasó, fue tal cual Morgana lo tipeó por *whatsapp*.

Se angostaron las cadenas y grilletes. La sangre siguió brotando. Gonzalo entornó la mirada y me di cuenta de que estaba ya atontado de tanto sufrimiento.

“¡Más!”— escribió Morgana.

“¡Basta Morgana, por favor!”—respondí tipeando con desesperación.

Gonzalo cayó de rodillas y luego de costado. Los grilletes le dejaron los tobillos en carne viva. Era un espectáculo de horror.

—Está bien— dije.

“¡Amarre de desesperación, atrás!”, tipeó Morgana.

La sangre desapareció, al igual que los grilletes y las cadenas. Gonzalo estaba débil y lo ayudé a levantarse.

—¿Cómo te sentís?

—Mareado. No sé qué me pasó.

Recordé que Nadina se había ido a pasar la noche en la casa de una amiga.

—Vení a casa, vamos a charlar.

Sospeché que Morgana estaba furiosa. Desde donde carajo estuviera sentí su enojo extremo.

“No sientas piedad por él. Es el mismo hijo de puta, pero está hechizado. Es tan malo que porque hablaste con él, piensa que ya te tiene. La magia es poderosa pero Gonzalo se niega a obedecer porque la gente mala como él jamás cambia. Cuidado, Lilith.”

No le respondí. Pero en la ventana de conversación, Morgana continuó escribiendo:

“¿Quieres ser su trofeo de guerra, un monigote para ostentar ante sus tontas y vacías amistades? El conjuro se deshará pero no solo para él, sino también para ti. Tus granos volverán, lo mismo que el desastre de tu pelo”

No. Eso no era posible. Y me desesperé. Me había acostumbrado a ser hermosa y deseada. Me miré en el espejo del ascensor para admirar tanta perfección.

—Estás muy linda, bebé— dijo Gonzalo.

Le lancé una mirada de desprecio porque él no me arrebataría nada. Yo era una Álvarez, la médica, pero también la mujer más hermosa del planeta, una triunfadora.

—No me importan tus halagos. Te hice subir porque me diste pena.

Serví un café y lo dejé hablar a Gonzalo casi sin prestarle atención. Fue aburrido y desgastante. Pero lo peor era que aún seguía amándolo y odiándolo. Era tan bello con ese cabello castaño oscuro, los ojos grandes y aquella boca tentadora. Vestía una de sus clásicas camisas a cuadros, que se ajustaba en los hombros y la cintura. Aquellos jeans rotos como al descuido lo hacían sensual. Su informal barba crecida. Su hermoso perfil. Todo.

Gonzalo sonrió de costado. Conocía esa sonrisa. Su maldita sonrisa de ganador.

—Lili, bebé.

Estaba a centímetros de mí y contemplé aquella boca, lista para ser besada. Era como la pulpa de una fruta que uno se moría de ganas de morder, y yo quería morder esa boca. Casi se me iba la vida por un beso de aquella boca.

Me dejé llevar. Gonzalo aprovechó mi aparente sumisión y me besó. Aquel beso despertó mis ansias dormidas y aniquiló mi deseo de venganza. Fue como sentir una descarga eléctrica en todo el cuerpo. La descarga partió desde mi boca y pasó por mis venas, haciendo llegar un escalofrío en mis piernas y sacudió mis pies.

¡No! El maldito amor, el puto deseo, tenía que destruirlo. A él y a ese maldito amor.

Tomé a Gonzalo de las mejillas y me separé de él.

—No— dije jadeando.

—Bebé— él también estaba jadeando— Quiero que estemos juntos y que seas mía de

nuevo.

Pegué un salto de la silla y él se acercó a mí. Era alto y perfecto, todo un adonis. Acercó su boca a la mía y volvió a besarme.

Al principio me negué a dejarme besar y quise escapar. Pero al ser más fuerte que yo, me arrinconó contra la pared y me sostuvo los brazos, para que no pudiera zafarme. Más que desagradarme aquel gesto suyo, me excitó.

—Ay, bebé. Te quiero así.

Apreté los labios, pero él me mordió y abrí la boca. Me metió la lengua, que se entrelazó con la mía. Ay, Dios. Gonzalo, sos un fuego. El beso me estaba quitando la respiración pero era como un elixir, sangre en mis venas, vida. Me sentía viva.

Sentí el inconfundible sonido del celular en la cartera. Seguro que era Morgana y ya sabía que estaba cediendo. ¡Al diablo con ella! A la mierda el mundo entero.

Gonzalo empezó a besarme el cuello. Después pasó la lengua por mis omóplatos.

—Quiero tenerte ya. Mmmm, bebé. Me volvés loco.

—Dame muy fuerte.

Entrelacé las piernas en sus caderas, siempre arrinconada contra la pared. Gonzalo seguro que me llevaría a mi cuarto. Estaba preparada porque me sentía presa del deseo y muy húmeda.

Sin dejar de besarlo, desabotoné parte de su camisa y aparté algo de la tela. Lo arañé y después lo lamí y lo mordí.

Gonzalo empezó a caminar llevándome con él a cuestas, pero de pronto se abrió la puerta.

—¡Qué macana que se haya cortado la luz en lo de mi amiga! Por suerte acá hay... ¡Ay,

perdón!

Gonzalo me soltó y me quedé de pie junto a él sin saber que hacer.

Al darse cuenta de quién era, Nadina abandonó su cara de sorpresa para transformarla en una máscara de odio.

—¡Vos, hijo de puta!

—*Perá*, yo voy a explicarte.

—¡Andate de mi casa!— con el índice en alto, esta vez me señaló a mí—: ¡Y vos, pedazo de boluda! ¿Qué hacés dejándolo entrar a casa después de lo que te hizo?

No le dije nada, solo me limité a empujar a Gonzalo hasta la puerta. Escuché que Nadina le dio una patada para cerrarla.

—Lili, bebé

—No me hables— dije en el ascensor.

Quiso besarme de nuevo pero lo esquivé. Le abrí la puerta del edificio y después de decirle a viva voz que se largara se la cerré en la cara.

Tuve que fumarme el discurso de Nadina: “¿Sabías que los hombres que golpean una vez nunca paran?”

Esa frase me hartó y me refugié en mi cuarto. A la mierda con todo.

Lo más feo estaba por venir. Apenas sentí sonar de nuevo mi celular, me di cuenta quien era.

—Morgana.

—Fui yo quien impidió que te acostaras esta noche con Gonzalo, Lilith.

No hacía falta que me lo dijera. El corte de luz en la casa de la amiga de Nadina no

era pura coincidencia, además esa noche hacía un calor insoportable. Era imposible dormir sin aire acondicionado o siquiera un miserable ventilador.

—Pero me voy a acostar con él sí o sí, Morgana. ¿Qué importa si hubiera sido esta noche, mañana o dentro de un mes?

—Cuantos más gustos le des, el conjuro perderá poder y los grilletes y cadenas que lo apresan cederán, entonces el muy maldito podrá escapar. Y tú te afearás de a poco. ¿Quieres eso de nuevo, Lilith?

Salté de mi cama y me miré al espejo. Un grano, un solo grano en mi cara y pegué un alarido de desesperación. Era el principio del fin.

—Tranquila, querida amiga. ¿Sabes como se puede remediar?

—Lo que sea, Morgana— estaba desesperada.

El teléfono sonó otra vez. ¿Quién carajo era? Putee en la oscuridad cuando me golpee la cabeza contra el respaldo de la cama. Qué bueno, además de un grano enorme también tendría un chichón. Pero mientras el celular me molestaba con su típico repiqueteo en la mesa, pude despabilarme lo suficiente para darme cuenta de quién era: Gonzalo.

“Él la pasará muy mal durante la noche, es cuando actúa más el poder del amarre que le hicimos, querida Lilith. Estará como loco y por eso te contactará o incluso irá a verte. Prepárate para enfrentarlo...y rechazarlo”— recordé que dijo Morgana.

No atendí y a los doce timbrazos, mi teléfono enmudeció. Sonó de nuevo pero con un correo de voz. Con un nudo en la garganta, lo escuché:

“Lili, bebé. Quiero verte ahora. ¿Paso a buscarte?

Me lo imaginé con los grilletes y las cadenas apresándolo, y cuanto más desesperado se sintiera, apretarían cada vez más. Era como el amuleto que Morgana confeccionó para embrujar a Rafael, con su estado depresivo cada vez más agudo aquel amuleto ganaba en poder.

No debía sentir lástima por el hijo de puta de Gonzalo. Me lo imaginé contando el dinero de la apuesta después de tener sexo conmigo y tal vez solo lo mantuvo firme aquel dinero por ganar. ¡Hijo de puta! Que sufriera y se le deslizara la sangre desde las muñecas y los tobillos por todo el cuerpo y que la presión de la cadena sobre la frente lo aturdiera hasta hacerlo bizquear. Bien merecido se lo tenía, por maldito y mal nacido.

Otra vez sonó el teléfono una docena de veces. Se cortó. Nuevo correo de voz:

“Lili, bebé, estarás durmiendo. Mañana paso por vos al hospital, o si no avisame y te espero en la puerta de tu casa. Muero por tus besos y caricias”

—¡Hijo de puta!

Tiré el celular con rabia y me preparé para dormir de nuevo.

Otra vez el maldito celular sonó despertándome, evidentemente seguía funcionando. ¿Pero por qué carajo se empeñaban en no dejarme dormir? Pero reconocí el sonido del teléfono cuando llamaba Bermúdez, le había puesto otro sonido para identificarlo. Alberto Bermúdez era mi jefe, mentor y también mi ex amante.

Su llamado se debería una emergencia, porque hacía rato que Alberto y yo no estábamos juntos, pero habíamos quedado en muy buenos términos.

—Hola—atendí ya despabilada.

—Lilith, disculpá que te moleste pero necesito que vengas ahora, uno de tus pacientes

quiere verte. No quiere que lo atienda ningún otro médico. Es el señor Márquez.

El señor Márquez era un viejito que estaba en la fase terminal de un cáncer de próstata. Era un tipo odioso, siempre tenía quejas y lo peor era que nadie de su familia lo quería, pero no sé por qué desde que fue a internarse al hospital tuvo una preferencia desmedida por mí.

Cerré los ojos y lo imaginé desesperado, aquejado por el dolor y yo iría a cumplir su última voluntad. Estaba muriéndose.

—Ya salgo para allá, decíle que en un rato estaré llegando.

—Que alivio me das, porque trata peor que nunca a las enfermeras que lo atienden y a los médicos de guardia.

Me puse lo primero que tuve a mano y con lo apurada que estaba ni desperté a Nadina para decirle que me iba. Igual ella estaba acostumbrada a que me fuera en plena madrugada por alguna emergencia. Vivir con una médica era así.

—Lilith, por fin viniste.

Alberto Bermúdez me recibió con un beso en la mejilla, no dejaba de asombrarme que, de la noche a la mañana, se convirtiera en un ser bondadoso conmigo. De todas maneras los rumores que se corrían sobre nosotros nos tenía sin cuidado. La gente hablaría, porque los hombres del hospital se morían de amor y de deseo por mí y las mujeres me odiaban y me envidiaban.

—Márquez está en las últimas, lo único que quiere es verte antes que nada. Ni siquiera permite que su familia entre al cuarto.

Empecé a correr a la sala de internación, mientras iba poniéndome el delantal.

Cuando entré a la habitación, Márquez estaba dormitando y tenía el respirador puesto. Ese peso pesado llamado cáncer estaba ganándole el round.

Puse una mano sobre los dedos huesudos de él. El viejo era obstinado y se negaba a morir, pero su respiración lenta y ruidosa daba a entender que la muerte le andaba rondando muy cerca. Hasta pude sentir el frío en esa habitación. Con horror comprobé que desde que me había transformado en Lilith podía ver cosas que se le escapaban a cualquier a cualquier otro humano. Allí estaba La Muerte contemplándome con las cuencas de los ojos vacías y esa sonrisa eterna de dientes sin labios ni piel. A cualquiera podía ponerle los pelos de punta, menos a mí por supuesto. Tenía una guadaña en la mano y una capucha negra sobre el cráneo desnudo. Al sentirse observada, enarboló su arma en actitud amenazante pero la detuve con una sonrisa burlona. Ella se dio cuenta de que yo no era una mujer como todas y dejó la guadaña apoyada en el piso, retrocediendo. Yo era Lilith, y ni la muerte podía desafiarme.

Me incliné sobre la cama y susurré.

—Señor Márquez, ya estoy acá.

Abrió los ojos y me miró extrañado. Después sonrió.

—Doctora Álvarez, por fin vino. Ninguno de los inútiles que están acá supo como atenderme. Me alegro que haya venido porque me llegó la hora.

—No diga eso, aún no es el momento.

—Doctora, soy viejo pero no idiota. La muerte está detrás suyo, y yo sé que usted no es una persona común, por eso puede verla tan bien como yo. Ahora retrocedió porque le teme, pero vino por mí.

—No me teme, más bien hicimos un acuerdo. Y deje que su familia lo vea, Márquez.

Están en la sala de espera.

Quiso lanzar una carcajada pero sólo le salió un graznido que devino en un acceso de tos. Apenas podía respirar y por eso le acomodé el oxígeno en la nariz.

—Esos no son familia, sino aves carroñeras anhelantes de que me muera rápido. Son mi mujer y sus hijos. Me pasó por estúpido y lujurioso y me casé con esa prostituta porque era joven y muy hermosa, y cuando me di cuenta de mi error ya era tarde. Ella sigue siendo joven y sabe que con mi fortuna podrá casarse con su amante. Sus hijos son malos, unos vagos sin remedio.

Volvió a ahogarse y miré los aparatos que medían su sangre y la presión y su corazón. Todo andaba mal, al viejo le quedaba poco tiempo de vida. Me tendió una tarjeta blanca, tan blanca como su tez y sus manos.

—Es mi abogado, llámelo. Necesito que traiga los documentos de mi testamento, quiero modificarlo para que ni esa mala mujer ni sus malditos engendros se queden todo mi dinero.

—Está bien.

—Y dígale a la muerte que me iré con ella, pero necesito que me dé un tiempo más. Quiero cambiar mi testamento.

Metí la tarjeta en mi bolsillo y me fui en dirección a la puerta. La muerte estaba en un rincón de la sala y no le hablé, solo incliné la cabeza. Ella me respondió de la misma manera. Habría un día más de vida para el señor Márquez.

Cuando salí del cuarto, me esperaba de Márquez. Se acercó la esposa. ¡Por el Altísimo, que mujer más vulgar! Era linda, pero de una belleza barata, con el pelo

largo y ondeado, de un falso tono rojo fuego. Tenía unas tetas grandes, operadas, y la muy desubicada llevaba puesto un vestido de gran escote. El marido al borde de la muerte y aquella zorra luciéndose en el hospital. Me preguntó sin rodeos si Márquez se había muerto y yo le contesté que no se alegrara porque aún seguía vivo. Se le descompuso la expresión y alcé la barbilla para contemplarla de frente. Con los ojos de mi mente pude observar su maldad, e incluso ver como disfrutaría con su amante al imaginar lo que harían con la plata del viejo cuando estuviera muerto. Un odio negro se apoderó de mí y escondí las manos en el delantal porque las había convertido en puños.

—Es un viejo loco, siempre me trató mal, se piensa que me quiero quedar con su dinero—dijo ella.

Respondí que ese era un tema suyo y el de su marido, dando por terminada la conversación. Llamé al abogado y me debe haber detestado por haberme mostrado tan insistente y enérgica: el viejo se estaba muriendo y quería cambiar el testamento. Recé a los dioses para que la familia se fuera o estuviera lo suficientemente distraída para que no viera al abogado y empezara a sospechar. Y como se notaba que su interés por el pobre viejo era puro teatro porque a las pocas horas cuando se enteraron que por ese día no estiraría la pata, se largaron sin contemplaciones.

—Ni esa puta ni sus hijos merecen la plata de Márquez— le dije a Alberto Bermúdez.

Él me miró encogiendo los hombros.

—Son cosas de la vida, Lilith. Ya bastante hacés por el viejo que no puede contar siquiera con alguien de la familia que lo acompañe a morir.

El abogado llegó con mala cara. En su portafolio llevaba los documentos con las

propiedades y las cuentas del señor Márquez en diversos bancos. Era verdad, el viejo era un hombre muy rico. Alberto y yo nos convertimos en testigos para dejar en claro que estaba lúcido y en pleno uso de sus facultades mentales. Márquez dijo que si bien no podía dejar toda su fortuna a entidades públicas, al menos a su muerte, su mujer y los hijos no disfrutarían de todo el dinero y él se reiría de ellos desde el infierno.

Firmamos los documentos y el viejo pareció serenarse, pero a la vez su respiración fue haciéndose más dificultosa. La muerte se acercó a la cama y la miré suplicante: un rato más.

—Llegó el momento, déjenme sola con él.

El abogado me observó con rencor y tomando el maletín se fue sin saludar. Solo Alberto se interesó por lo que dije.

—Lilith, no descansaste nada.

Me sentía agotada y me pasé una mano por la cara.

—No importa, estoy bien.

—Mañana por la noche tenés que cumplir con la guardia, andá a dormir.

Nos dimos vuelta y vimos la expresión suplicante del señor Márquez. El viejo extendía la mano hacia mí.

—No se vaya, doctora. Quédese conmigo, no quiero morir solo.

Alberto me tomó del brazo y me susurró:

—El viejo no puede obligarte a que te quedes.

—Lo voy a hacer solamente por él.

Suspiró poniendo los ojos en blanco.

—Está bien, si no te conoceré... sos terca como una mula. ¿Querés un café?

—Hagamos algo mejor, esperame en la cafetería. En un rato todo habrá terminado.

Me miró con asombro.

—El viejo ya se muere, vino la muerte a buscarlo. Nos ronda, Alberto, está en esta habitación.

Sus ojos humanos de médico no vieron nada y la muerte hizo un gesto burlón con la guadaña.

—Está bien, te espero en la cafetería, Lilith—Alberto me tocó la mejilla y dejó el cuarto.

No había tiempo para establecer distancias de médica a paciente y me pareció absurdo. Por eso me senté al costado de la cama del agonizante Márquez.

—¿Quiere un sacerdote?

—No, lo que quiero es que me de la mano hasta que la muerte helada me lleve, doctora. Estoy tan cansado con este maldito cáncer que quiero decirle que triunfó y estar por fin en paz.

Cerró los ojos y miré al costado de la habitación.

—Llame a la muerte y dígame que me lleve, por favor. Pero le imploro que no me suelte la mano.

Así lo hice, y con una inclinación de cabeza le dije a la muerte que se acercara. Ella me miró haciendo el mismo gesto y con la guadaña en mano caminó lentamente hasta detenerse al costado de la cama.

—¡Qué me lleve, no puedo más! Y gracias por la ayuda que me prestó, doctora. Es usted una buena persona, está ayudando a un viejo a morir en paz.

¿Yo era una buena persona? No lo sabía ni me importaba, y hasta ignoraba porque

tuve el detalle de ayudar al señor Márquez, porque desde que me convertí en Lilith solo pensaba en mí.

Cuando la muerte estuvo tan solo a unos metros de la cama, solté la mano del enfermo y él acercó los dedos a la muerte, que le aferró la mano con firmeza. Apenas lo tocó, Márquez convulsionó y los monitores emitieron un pitido, mostrando una línea recta en las pantallas.

La muerte desapareció, yéndose con el señor Márquez. Le di un beso en la frente al difunto y lo tapé con la sábana hasta cubrirlo por completo.

Metí las manos en los bolsillos de mi delantal y salí al pasillo en dirección a la cafetería, me estaba esperando Alberto con un café humeante. No podía pedir más.

El calor seguía aplastando la ciudad, pero en Puerto Madero corría una brisa agradable. Con el pelo recogido y mi vestido color verde agua modelo strapless, crucé las piernas. Gonzalo me llevó a un restaurante muy exclusivo de la zona.

—Gracias por aceptar mi invitación. Te parecerá raro, pero—: lanzó una risita amarga, que más bien parecía un graznido—estaba desesperado por verte.

Arquee una ceja. Ese tipo de halagos solo acrecentaban mi vanidad y ya me había acostumbrado a ellos. Aunque reconocí que unas palabras similares dichas por Gonzalo unos meses atrás habrían desencadenado de mi parte hasta lágrimas de alegría.

—¿En qué pensás, Lili?

—No te importa.

Se acercó y otra vez desee morder aquellos labios tan bien dibujados.

—¿Sabés? Además de hermosa, ahora te ves distinta. Tenés más carácter, sabés imponerte.

—Ya no me dejo pisotear. Es simple, Gonzalo.

—Yo no quiero pisotearte, quiero amarte.

Me largué a reír.

—Sos tan linda cuando te reís, pero se me hace que te estás cagando de risa de mí.

—El mismo egocéntrico de siempre. ¿Tengo que reírme de vos, pensar en vos, acostarme con vos? Todo con vos— agarré la cartera con muchas ganas de irme.

Se lo dije en un tono bastante alto, y mi atractivo era tal que los comensales que escucharon lo que dije, automáticamente se pusieron de mi parte. Gonzalo empezó a desesperarse.

—¿Vas al baño?

—A mi casa. Es imposible hablar con vos y con tu grandísimo ego.

Diez minutos de tira y afloje. Cedí con cierto esfuerzo y ocupé mi silla con pocas ganas. Gonzalo pidió la botella de champagne y aun así seguí mirándolo con superioridad. Me costó porque me parecía hermoso y a diferencia del estúpido de Rafael, Gonzalo tenía una conversación variada, divertida y sabía cómo seducir a una mujer. Y sus avances me ponían nerviosa: al principio eran inocentes, como rozarme la mano para llenarme de nuevo la copa de champagne, o correrme un mechón de pelo detrás de la oreja, pero al ver que yo no objetaba nada se envalentonó más y llegó a tocarme la rodilla, pero me aparté con disimulo. No me mostré severa porque también tuvo que ver la combinación del vino con el champagne y el hecho de tenerme tan cerca

de nuevo. Es cierto que mi perfume se potenciaba con el tiempo, porque gracias a la brisa, aquel aroma exquisito llegaba a otras mesas y algún que otro hombre dio vuelta la cabeza con disimulo para mirarme de reojo. Se regocijaban con lo felino de mi mirada, lo hermoso que lucía mi pelo y hasta disfrutaban oír mis carcajadas. Los hechizaba como el canto de una sirena.

Gonzalo disfrutaba de todo eso, porque creía que yo era un objeto de su propiedad. Ya vería. Era hora de vengarme de él en la cama. Parecía ser muy peligroso y debía manejarlo con cautela, porque podía salir herida con aquellas cadenas y grilletes que lo sostenían. La idea era que no quedara amarrada a él, sino que pudiera vengarme.

—¿En que pensás? Y antes de que me mandes al carajo te lo pregunto porque me interesás mucho, Lilia.

Sonreía con sensualidad.

—En ir a tu casa, eso pensaba.

Gonzalo por poco se cae de la silla porque nunca esperó tanta determinación de mi parte.

—Está bien, si tenés otro plan, llevame a casa. Pensándolo bien estoy muy cansada.

Me tomó de la cara.

—Bebé, estar con vos es lo que más quiero. Vamos a mi casa.

Palpé mi gran cartera de cuero. Estaba pesada por el contenido que tenía.

—Perfecto, tengo una sorpresa para vos.

Achinó los ojos con desconfianza.

—Te va a gustar.

—Dale.

Hacía un cuarto de hora que tenía a Gonzalo en ascuas y supe que ya estaba impaciente. Por suerte contaba con un espejo de cuerpo entero en el baño para que pudiera apreciar mejor mi figura y disfrazarme a gusto.

Primero me vestí: me puse una musculosa negra de cuero y un pantalón haciendo juego. Después me até el pelo en una cola de caballo tirante, me maquillé con sombras oscuras y me pinté los labios de rojo furioso. Me subí a unas botas de taco aguja y completé mi atuendo con un antifaz negro con incrustaciones de piedras del mismo color, una vincha con dos orejas similares a las de un gato, un cinturón de cuero y además me colgué un látigo. Me veía perfecta.

—Lili, bebé. ¿Estás viva?

—Ahora mismo voy— respondí con fastidio.

Encima que pretendía volverlo loco el muy idiota se quejaba. Ya vería ése.

Cuando llegué a su habitación, lo encontré sentado en la cama. Adiviné que estaba dispuesto a ir en mi busca, pero quedó alelado con mi aspecto.

—Hola— lo saludé con sensualidad.

—Ufff, gatúbela. Siempre me calentó ese personaje.

Di una vuelta para que me admirara a gusto. Gonzalo pegó un salto para abalanzarse a mí, pero fui más rápida que él: le pegué un latigazo en el estómago. No le hice daño, ni siquiera lo rocé.

—Alto ahí, vas a hacer lo que yo quiera.

Gonzalo retrocedió.

—Tirate en la cama.

Él me obedeció, pero parecía muy tranquilo. Quise ver miedo en sus ojos pero lo que encontré fue lascivia, deseo. Maldita sea, necesitaba asustarlo.

Me subí sobre él y le acaricié la entrepierna. Después le apreté la nuez de Adán con el látigo enroscado en mi mano.

—Vamos a hacer al revés de las Cincuenta Sombras de Grey. Yo soy el ama.

—¿De quién?

No iba a explicarle la trama de la trilogía literaria erótica que hacía ebullición en todas las mujeres del mundo porque no tenía tiempo ni paciencia.

—Yo soy el ama y vos el sumiso.

Apreté más el látigo contra la nuez de Adán.

—Está bien, está bien. Pero no me ahorques.

—No te voy a ahorcar— dije con una sonrisa, apartando el látigo de su cuello pero lo enarbolé con amenazador erotismo. — Por ahora.

Era hora de convertirme en la Gatúbela sexy que me había propuesto: le hice sexo oral a hasta volverlo loco y después dejé que me sacara la ropa. Totalmente desnuda me acomodé de costado en la cama con la cabeza apoyada en una mano y riéndome a las carcajadas.

—Sos lo más sensual del mundo, bebé. Dejame darte placer.

Lo dejé hacer lo que quisiera. Y ya el primer beso que me dio me atontó de pasión y lujuria. Sus labios tenían un poder hipnótico. Rodamos en la cama sin dejar de besarnos y acariciarnos.

Quería que me hiciera el amor, no que me utilizara como si fuera solo un pedazo de carne que servía para satisfacerlo. Supe que estaba mal, porque me involucraría de

manera sentimental de nuevo con él. ¡Pero era tan delicioso sentir ese entusiasmo de estar en la cama del hombre al que amaba!

—Bebé, quedate toda la noche. Te voy a hacer el amor hasta que amanezca.

El deseo me consumió. Sentirlo de nuevo dentro de mí, fue mágico. No era lo mismo que con Rafael, al que solo pretendía humillar. A Gonzalo lo odiaba y guardaba mucho resentimiento por lo que me había hecho, pero también lo amaba con desesperación.

Me subí sobre él y lo miré. Hermoso.

—Lili, mi amor. Me encanta.

Le clavé las uñas en el pecho y él me hizo jadear.

—Ah, sos lo más.

Me apartó con suavidad de encima de él y giró sobre la cama, de manera que quedó sobre mí. Apresé sus caderas con mis piernas y manejé sus movimientos.

Volvió a besarme. Eso no estaba bien, besándome hacía el acto más romántico y el romanticismo, en mi plan de venganza, era demasiado arriesgado. Aunque no pude resistirme, mordí sus labios, jugueteé con su lengua y otra vez nos sumergimos en un beso largo y profundo que nos quitó la respiración. Mis manos acariciaron sus hombros, la espalda ancha, su columna vertebral. Era la perfección hecha hombre. Igual traté de poner la mente en alerta. Hice un esfuerzo sobrehumano y me deshice de su boca, lo aparté sin que dejara de poseerme y apoyé los tobillos sobre sus hombros, para sentirlo más adentro mío y a la vez contemplarlo.

Él me observaba también extasiado. Le fascinaba el antifaz que tenía puesto y la vanidad que en ese momento ya era habitual en mí, resultó una tabla de salvación. Frenética, me moví de manera de llegar al orgasmo más rápido, pero él no estuvo de

acuerdo.

—¡No!

Me importó muy poco lo que opinara. Continué moviéndome hacia adelante y a atrás y cuando obtuve mi orgasmo arqueé la espalda y cerré los ojos, incapaz de soportar tanto placer. Obtuve lo que quería y ya podía manejar la situación a mi antojo. Quería seguir gozando pero por esa noche ya era suficiente.

—Me aburrí, Gonzalo.

Él tenía los ojos cerrados, buscando su propio placer. ¿Y a mí que me importaba? Quité las piernas de encima de él y huí de su lado. Dejamos de ser uno.

—¡Eh! ¿Qué pasó?

—¡Qué me aburrí! ¿O sos sordo? Me voy.

Abandoné la cama y me fui corriendo al baño.

—Bebé.

Blam. Le cerré la puerta en la cara. Me vestí con rapidez y me encontré con él al salir del baño.

—¿Cómo que te vas? ¿Era en serio?

Lo miré como si fuera un idiota. Le di un empujón y cuando tuve la cartera colgada en el hombro me encaminé hacia la puerta.

—Decime qué hice mal.

—Estoy cansada.

Me tomó del brazo.

—Dejá que sigamos pasándola bien. ¡Ni siquiera acabé!

En mi mente sentí la voz de Morgana. “Si no eyaculó, esta noche no podrá pegar un

ojo, querida amiga. El amarre no perdió poder sino que lo incrementó”

Ella me habló de verdad, ese pensamiento no fue producto de mi imaginación.

—¡Soltame!—haciendo un esfuerzo sobrehumano, le dije la mentira más cruel—: ¡Te volviste un inútil, ni siquiera sabés ya cómo darle placer a una mujer!

Vi cómo se le descomponía la cara. Se puso rojo y dijo:

—Andate de acá. No te quiero ni ver.

Llegué a la casa de Morgana sin saber qué hacía allí. Tengo la vaga noción de haber tomado un taxi desde la casa de Gonzalo, llegar a mi casa y buscar mi auto.

—Te estaba esperando, amiga. Veo que recibiste mi mensaje.

—En mi cabeza— dije muy seria mientras nos acomodábamos frente a frente. Ya eran como las dos de la mañana.

—¿Quieres una copa de champagne?

—Está bien, sigamos con el champagne.

Me tendió la copa y me miró en silencio con su sonrisa de Gioconda y acariciándose el collar de serpiente, su eterno tic.

—¡Morgana, hablaste dentro de mi cabeza!

—Eso que tienes tú lo posee muy poca gente, Lilith.

—Y lo peor, es que ya pienso de manera más seria en ser llamada Lilith para siempre.

—Me parece perfecto, ese nombre concuerda más con tu personalidad.

—Estoy desapegándome de mis sentimientos, mi prima casi no me importa.

—Así debería ser.

—Quería destruir a Gonzalo pero todavía lo amo.

—¿Ves? Eso no está bien. Debes pensar en destruirlo, ya te dije que él es una mala persona. Y si no lo destruyes—me habló al oído apenas en un susurro— a él no le temblará el pulso para destruirte a ti.

Tiré con fuerza la copa de cristal y una vez que la copa se hizo pedazos manchó el alfombrado del piso. Morgana me miraba sin expresión, balanceando sus piernas cruzadas.

—¡Morgana, siento que no soy humana! ¡Qué me pasa!

—Lilith, te dije que tú y yo lograríamos grandes cosas. ¿No eres cada vez más deseada por los hombres? ¿No los hechizas con la mirada, no les parece música tu risa? ¿No te llaman siempre nuevos chicos al teléfono para salir contigo?

—¡Yo quiero venganza, pero ahora no sé si estoy segura de que lo que hago!

—Cálmate de una vez y vuelve a sentarte. Ya te explicaré.

—No quiero ser una bruja.

—Con lo que te pierdes. ¿No me ves bonita?

Claro que la veía bonita, era demasiado bella. Cualquier hombre estaría loco por ella, pero era tanta la vanidad que sentí que al instante pensé que ella jamás podría igualarme o incluso superarme.

—Estás muy prendada de tu nuevo aspecto, Lilith. ¿Y pretendes abandonarlo? Es una pena.

—No me gusta que me leas la mente.

—Leo la mente de todos, pero fuiste la única que oyó mi voz con el pensamiento. Evidentemente tus dotes de hechicera están incrementándose. ¿Quieres ver cómo está tu

adorado tormento?

La seguí hasta el salón de rituales y observé la bola de cristal con una sensación parecida a la indiferencia total: Gonzalo estaba debatiéndose desesperado en la cama. Transpiraba. Volteándose de un lado y luego del otro porque no podía conciliar el sueño. Tampoco me produjo nada que aparecieran de nuevo ante mis ojos las cadenas y grilletes que lo apresaban. Era evidente que mi ida repentina de su lado lo torturaba.

—Eso le pasa por creerse más que yo— dije arqueando la ceja.

En un momento, la cadena virtual que le apresaba la sien se estrechó tanto que pensé que le desintegraría la cabeza. Sangre y más sangre brotó por debajo de la cadena. Gonzalo se incorporó en la cama y lanzó un grito aterrador.

—Va de mal en peor, creo que te buscará esta misma noche— comentó Morgana cruzada de brazos como si estuviera viendo una película de terror en lugar de un hecho real que estaba ocurriendo en ese momento.

—¿Y qué hago?— dije acariciando uno de mis rulos.

—Lo que quieras, amiga. Fue tal el bajón de autoestima que le produjiste, que el amarre sigue fuerte.

—Ok.

Salí al rato de la casa de Morgana y lo vi.

—Hola, bebé.

—¡Gonzalo! ¿Qué hacés acá?

—Lo averigüé.

Desconecté la alarma del auto para subirme.

—¿Te vas? ¿Ni te importa que esté acá?

—Si viniste, bien por vos. Salgo de la casa de una amiga y me voy a dormir.

—Linda hora de ver a una amiga.

—No soy de tu propiedad.

Me aferró de los hombros y pude sentir la descarga eléctrica de la atracción que sentíamos.

—Soltame.

Quería besarme. ¡No! Las cadenas y los grilletes me aferrarían a mí. Y por más amor que le tuviera era yo quien estaba primero. Además, recordé que no habría vuelta atrás. Gonzalo jamás saldría de ese trance ni yo volvería a mi estado anterior. Ni quería volver.

Su boca estaba cada vez más cerca.

—No, no, no.

—Te morís por mí, bebé. Me deseás, me amás, no das más por besarme.

—No.

Me debatía entre sus brazos pero mi resistencia se estaba desmoronando.

—¡No, no te amo! ¡Te odio! ¡Y cualquier hombre es mejor que vos, hijo de puta, inútil, mierda!

Dije esas palabras con desesperación pero Gonzalo las tomó como tan ciertas y definitivas que se espantó. Me sacó las manos de los hombros como si yo fuera un objeto que quemara y retrocedió con cara de susto. Estaba pálido de terror.

—Hay algo malo en vos.

—¿Qué?— lo miré como si se hubiera vuelto loco.

Me señaló y el índice le temblaba.

—Eras lo más horrible que había, hasta me daba asco besarte. Esos granos siempre supurando. Tus dientes torcidos, tu cara tan fea. ¿Y te transformaste de la noche a la mañana?

No supe qué decir.

—Te pusiste hermosa y nadie sabe cómo. Tu piel, tu cuerpo y hasta tu risa encantan. Todo el mundo te desea. Los tipos se dan vuelta a mirarte. Hasta se dice que fuiste la amante de Bermúdez cuando antes te odiaba.

Seguí callada. ¿Qué iba a retrucarle? Todo lo que decía era verdad.

—Sos adictiva, y por eso mataste a Rafael. Mariana se suicidó por eso, se volvió una loca de mierda. Me dijeron que sos como un veneno, como la viuda negra que la pasa bien y después mata.

Gonzalo había perdido la razón. Pero pese a su estado alterado, lo que salía de su boca era muy coherente.

—Por la noche no puedo dormir, me persigue tu imagen, sueño con vos y no tenerte a mi lado me pone mal, me desespera. Hasta me duele el cuerpo, transpiro, me debato. ¡Sos el diablo! ¡Estás maldita!

Me dolió lo que me dijo, porque yo no era el diablo ni estaba maldita. En ese momento me importó un carajo que el conjuro me amarrara a mí, o perder mi belleza, incluso que Gonzalo fuera malo ni me amara jamás. Me acerqué a él dispuesta a abrazarlo y con su piel en contacto con la mía hacerle frente a la magia, a Morgana y al resto del mundo. No podía ser verdad que él fuera malo. Me costaba creerlo.

—¡No!

Gonzalo retrocedió unos pasos. Estaba aterrorizado.

—¡No te me acerques! ¡Ahora te veo tan cual sos! ¡Bruja! ¡Bruja maldita!

Me dio la espalda y echó a correr, dispuesto a ponerse a salvo de mí. Huir para siempre y salvarse. Pero como la magia es superior a lo que deciden los mortales, un camión enorme apareció de improviso y lo llevó puesto.

—¡Ah!

Caí de rodillas y unos haces de luz me envolvieron. Eran haces del color del arcoíris. Pude observar el amarillo, el rojo, el rosa y por último el violeta. Me desvanecí.

Abrí los ojos. La estancia era clara pero con una iluminación que no hería la vista. Un cuarto con la persiana ligeramente baja y mucho silencio. El cuarto de un sanatorio.
—Señorita.

Estaba acostada. ¿Internada?

Una mirada bondadosa de un médico joven y hermoso. Por un momento pensé que estaba delirando y en realidad me encontraba en un hospital psiquiátrico. Que todo lo que había pasado ocurrió en mi mente y que no existían ni Morgana ni su magia. Que jamás Florencia volvió de los Estados Unidos. Que Gonzalo, Rafael y Mariana seguían vivos y que nunca se detuvieron a pensar en la pobre y deslucida Lilia. Que tenían otras cosas más importantes que hacer y ni se acordaban de la desquiciada y fea por la que hicieron una apuesta para reírse. Mi prima yéndome a visitar. Mis padres y mis hermanos teniéndome lástima pero a la vez sintiendo vergüenza de aquella pobre loca, que solo iban a ver para cumplir con sus deberes familiares. Todo había sido un sueño,

una alucinación. Loca. Loca y encerrada de por vida, al resguardo de la gente para que los Álvarez no sintieran que habían fracasado, y me encerraron en un lejano y oscuro hospital para enfermos mentales convirtiéndome en el secreto sucio de la familia.

—Señorita, ¿me escucha?

Pero no estaba loca y mucho menos estaba atada a la cama. Sí acostada, pero mis brazos y piernas estaban libres. El médico hermoso me tomó la presión.

—Me siento débil— dije y sonreí.

Supe que lo había enamorado porque en sus ojos leí el deseo y las ganas de tenerme.

—Tranquilícese. Es normal que después del shock se sienta así. Es producto de los somníferos que le suministramos para calmarla.

—¿Qué ocurrió?— pregunté estirándome en la cama y echando los brazos hacia atrás.

El médico hermoso me miró casi con la boca abierta, pero como pudo recuperó su costado profesional.

—Eh...—Tuvo que cerrar los ojos un instante para pensar en mí como paciente y no como una mujer que podía volver loco a cualquier hombre. Aún con el camisón grande y amorfo del sanatorio seguía siendo irresistible.

—Dígame, doctor. Estoy tranquila.

—Su novio murió.

Revisé en mi memoria y recordé el camión que hizo pedazos a Gonzalo ante mis ojos. Pero no me produjo nada, ni dolor, ni sorpresa, ni siquiera odio. Aunque me las arreglé para demostrar lo contrario.

Parpadee rápido y una lágrima salió de uno de mis ojos. Una lágrima que tocó mi mejilla. Salada y auténtica. Bueno, casi.

—No era mi novio, pero él estaba obsesionado conmigo. Peleamos y cruzó la calle. Ni él ni yo en el fragor de la discusión vimos al camión que venía a toda velocidad.

—No la culpo, señorita. Porque fue un accidente. Despreocúpese y descanse.

—Gracias.

—Se quedará en observación el resto del día y el médico de guardia de turno verificará si se encuentra en condiciones de irse. Espero ser yo el afortunado.

Otra sonrisa de dientes blancos y perfectos. Ese hombre ya era mío.

—Descanse. Ahora dejaré pasar a su amiga, estuvo muy preocupada por usted.

Sonreí de nuevo.

—Ella y usted tienen algo en común, son muy hermosas. Todo el sanatorio, tanto médicos y pacientes, están locos por ustedes.

Supe de quién hablaba sin que me la nombrara.

Abrió la puerta y entró ella. Morgana se veía irreconocible con su disfraz de mujer común: llevaba unos jeans ajustados, una escotada remera blanca y una campera de cuero encima. Aunque seguía siendo inconfundible: el movimiento de sus caderas y el ruido de sus stiletos eran suficientes para volver loco a cualquier hombre. Aunque el médico era ya propiedad mía, pude vislumbrar cuando entró al cuarto, la mirada de un par de enfermeros y de gente del lugar que se asomaban desde el pasillo para contemplarla mejor.

—Querida amiga.

Sus labios pintados de rojo, su collar de serpiente. Su melena enloquecedora. Aquel lunar en forma de corazón. Su boca entreabierta en una sonrisa seductora. Y yo era igual a ella. Distintas en físico pero idénticas en nuestros encantos.

El médico alzó una ceja al contemplarla y sacudió la cabeza. Con las dos juntas era suficiente para atontarlo. Abrió la puerta de nuevo y contra su voluntad, se fue.

Morgana ocupó una silla cerca de mi cama.

—¿Te encuentras bien, mi querida Lilith?

Suspiré.

—Muy bien. ¿Vos provocaste la muerte de Gonzalo, Morgana?

Miró al cielo elevando sus ojos enormes y aquellas pestañas larguísimas y espesas.

—No fui yo, pero nuestro Dios, El Altísimo, impidió que el amarre que hice terminara contigo. ¡Te salvó, Lilith! Gonzalo iba a ser tu destrucción. ¿Era justo que semejante tipo siguiera vivo? No, él debía pagar. Y nosotras hicimos justicia. ¿No te parece? Y actuaremos de la misma manera tendiéndole la mano a las mujeres que acudan a pedirnos ayuda, será siempre ojo por ojo. Es lo justo, ¿verdad?

Tenía razón.

—¿Lista para irnos de aquí?

—El doctor dijo que me quedara en observación.

Lanzó una carcajada muy suya, echando la cabeza hacia atrás y mientras acarició su collar de serpiente.

—Lilith, ahora eres como yo. No hay cosa en el mundo que no podamos conseguir con nuestros encantos.

Me levanté y me vestí. Busqué mi cartera y ordené mi peinado de rulos perfectos y armados. Al abrir la puerta para irnos, una enfermera se interpuso. Morgana y yo discutimos con ella, argumentando que ya me sentía bien y que no era necesario quedarnos en el sanatorio cuando podía descansar en mi casa. ¿Descansar? ¡En

absoluto! Ya me sentía llena de energía para seguir con mi larga y eterna vida. Siempre hermosa, cautivando a todos los hombres. También utilizando la magia y mis nuevos poderes, captando más discípulas para nuestro nuevo y cautivante círculo, además de ayudar a las mujeres que sufrieran injusticias.

Tanto alboroto armamos que apareció el médico hermoso, llamado por la enfermera necia. Al principio se opuso, más para tenerme a su alcance que por mi salud. Pero seguimos imponiendo nuestra voluntad y la enfermera necia se retiró, mirándonos con enojo.

—De acuerdo, la señorita Lilia puede irse si usted la acompaña, señora. ¿Cuál es su nombre?

—Morgana— ella lo miró como si fuera algo insignificante.

—Gracias— dije con voz acariciante a mi médico hermoso.

Él se desesperó. ¿Y si no volvía a verme más? Tonto de él. Al observar sus ojos, lo adiviné todo, porque ya estaba dotada del don de la Clarividencia. Era primo del difunto Rafael y al igual que yo estaba haciendo la residencia en cardiología.

Yo lo sabía pero él no.

—Gracias por su preocupación— y le apreté la mano en un cordial pero frío saludo.

Con la cartera al hombro y mi andar seductor dejé el cuarto.

—¡Espere!

Giré la cabeza y él corrió hacia mí, haciendo agitar su delantal. Cuando lo tuve cerca de nuevo lo miré a los ojos de manera inquisitiva.

Médico Hermoso se puso rojo y sacó una tarjeta del bolsillo de la chaqueta de uniforme. Cirujano cardiovascular. Esa sería su especialidad, adiviné de nuevo usando

mi don.

—Quiero volver a verte, sos hermosa y hace rato que no me pasa algo así con una mujer.

Recibí la tarjeta de su mano sudorosa, producto del deseo y de los nervios. Con mi nueva personalidad, la difunta Lilia transformada en Lilith, disfrutó de su vergüenza.

Como al descuido, le acaricié los dedos antes de quedarme con el cartón blanco.

—Espero que no me denuncies ante la dirección del sanatorio, podrías meterme en problemas.

—No lo voy a hacer, no te preocupes. Doctor Eloy Gálvez— leí en la tarjeta.

—Soy yo.

—Te llamo más tarde.

Si seguiría siendo una mujer común, estaría prendada por la belleza de esa sonrisa. La sonrisa de alguien que obtiene el mayor regalo. ¿Habría sonreído así al ganar un premio, al obtener su título de médico? Lo dudaba. Pero no era ya una mortal, y por eso no me conmovió.

—Gracias, espero tu llamado. Si no te atiende dejame un mensaje.

—De acuerdo. Y no soy Lilia, llamame Lilith.

—Te llamo como quieras.

Lo dejé con la palabra en la boca. Daba lo mismo porque se desesperaría aguardando mi llamado. Él ya era mío.

Me alejé sonriendo, uniéndome a Morgana, quién me esperó al final del pasillo. Una al lado de la otra caminamos, haciendo sonar nuestros tacos. A nuestro paso, pacientes, médicos, camilleros y enfermeros nos miraban con la boca abierta. Nos miramos a los

ojos y lanzamos una carcajada. ¡Qué idiotas eran los mortales! Y tan susceptibles. A nuestra merced por toda la eternidad.

Epílogo:

Doce de la noche en punto del siguiente viernes. Me miré al espejo. Tenía puesta una bata de raso tono champagne. Era el color de la celebración, ¿y yo qué celebraba? El haber salido de mi oscura e insignificante vida de médica anónima, además de humillada y desvalorizada no solo por Gonzalo, sino hasta por mi familia. Gonzalo había pagado aquel karma con su vida y mi familia me respetaba, hasta intuía que me temía. Mucho mejor, pensé sonriendo.

Miré mis rulos y los acaricié. Después observé a mí alrededor y encontré el joyero de Morgana. Lo abrí y busqué entre un montón de collares. Había algunos muy valiosos y otros sencillos. Hasta que lo vi, era muy humilde pero a la vez imponente, y era el que necesitaba para asumir mi transformación. Lo extraje del joyero con dos dedos y lo expuse a la luz de los candelabros de la sala de conjuros. Era perfecto. Confeccionado en oro blanco y con un colgante hecho en piedra ágata negra con forma de media luna y una cruz que pendía de la punta. El símbolo de Lilith, la luna negra. La luna que está en todas las mujeres pero que pocas se atreven a mostrarla al mundo.

Ya estaba lista. Morgana vestía con su acostumbrada bata de raso, escotada y de color negro. Supe que utilizaba ese color porque era una ocasión en especial.

—Bajemos querida Lilith, Florence nos espera— dijo asomándose al espejo en el que

yo me estaba engalanando.

Me abroché el collar y bajamos rumbo al salón de entrada.

Florenxia tenía puesta una bata de raso rosa y el medallón oscuro colgado como siempre del cuello. A su lado había un gato negro.

—Querida Florence, Lilith está por fin transformada.

Después de las palabras dichas por Morgana, Florence hizo una reverencia ante las dos.

—¿Ella no es una bruja como nosotras?—pregunté.

—Florence es un híbrido, porque no quiso adoptar nuestra forma de vida, ella deseó seguir siendo una mortal. Ya sabes: amor, matrimonio e hijos. Nunca la movilizó el furor de venganza o poder como a ti, por lo tanto le di lo que buscó en mí: cortar la mala magia que embrujaba a su novio.

Florence bajó la mirada porque las palabras de Morgana sonaron un poco a reproche.

—Pero en fin— continuó Morgana con resignación— cada uno es dueño de su destino. Ella estará presente en algunos conjuros o celebraciones en que la necesitemos como el híbrido que es. Será fiel a nosotras, nunca nos traicionará ni develará nuestras verdaderas identidades.

—Lo juro por el Altísimo— dijo Florence en tono servil.

—Suficiente. Vamos a mirar la bola de cristal.

No utilizamos la luz eléctrica en ese momento en ningún rincón de la casa porque no la necesitábamos. Nos pusimos las capas de ceremonia y con las capuchas echadas sobre nuestras cabezas ocultando nuestra belleza, parecíamos tres figuras amorfas sin

edad ni sexo. Ascendimos a la terraza y con la luna llena sobre nuestras cabezas, nos detuvimos en círculo.

—Lilith— dijo Morgana mirándome con orgullo— Ahora que puedes hacerlo, llama a la bola de cristal.

—¡Bola de cristal!— exclamé.

El objeto se materializó en el aire y con el dedo índice en alto, sin hacer esfuerzo alguno, como vi a Morgana hacerlo hacía un tiempo, conseguí que la bola de cristal quedara detenida en una mesita. En el cielo, la luna llena se despejó de las escasas nubes que la tapaban con ligereza. Era el viento, el viento de la magia. Nuestros dioses nos escucharon y, sobre todo, el Altísimo. Las tres nos llevamos el índice a la frente en señal de respeto y echamos las capuchas hacia atrás.

—*Luminum!*— dije a modo de orden a la bola de cristal.

La bola de cristal se iluminó y observamos.

—Querida Lilith y Florence, buscaremos más discípulas. Debemos encontrar a la siguiente.

Estuvimos un rato largo desechando parientes de Florence y excluimos a mis hermanas gemelas y a sus amigas: tontas, insignificantes, con deseos mediocres y formas de vida prediseñadas, no nos servían en absoluto. Pero en un momento, antes de que la bola de cristal nos mostrara más candidatas, pensé en mi prima Nadina. Ni bien lo pensé, la bola de cristal se iluminó aún más mostrándola.

Observé su cabello corto a lo varón, su belleza simple, casi etérea, de eterna adolescente. Estaba en nuestra casa, vestida con un delantal de cocina y guantes finos, armaba una maqueta para su próximo proyecto. Jeans y zapatillas, sin maquillaje y con

uñas cortas. Trabajaba con precisión de cirujano cortando pedazos de cartón, para después unirlos con pegamento. Un edificio que le estaba costando horas de sueño y cansancio. Miró la maqueta terminada y sonrió. Era una sonrisa desprovista de toda maldad, como la de un hada. ¿Era justo que la eligiera para que su destino fuera como el mío?

—Mmm...no sé si estoy de acuerdo con tu decisión, querida hermana— dijo Morgana con incredulidad.

—Es muy dulce y trabajadora. Eso es lo que atrae a los hombres— comentó Florence expectante ante nuestra decisión sin dejar de mirar a Nadina.

—Nadina da con nuestro perfil— dije con convicción.

—¿Pero posee sentimientos fuertes? ¿Estaría de acuerdo en hacer justicia a favor de las mujeres maltratadas? No presiento eso al mirarla. Su vida parece tan mediocre y simple como las anteriores que observamos.

—Quiere trabajar como arquitecta por su cuenta y casarse—dijo Florence.

—¡Arquitecta! ¡Casamiento! Casi se te parece, Florence— dijo Morgana con una sonrisa despectiva— Pero nuestra Florence quiso transformar su vida salvando a su novio embrujado de un destino horrible. En cambio tu prima, Lilith, parece un barquito de papel llevado por la corriente, solo deja que la vida le suceda, como si ella no tuviera ni voz ni voto. ¡Detesto a la gente mediocre!

—Tu prima desea que un hombre la quiera y nada más— me dijo Florence.

—¡Es una mortal sin ambiciones! ¿Y encima pretendemos que sea una más de nuestro círculo?— las palabras de Morgana salpicaron desprecio.

No estaba de acuerdo con ellas, por eso, gracias a mis poderes, sostuve la imagen de

Nadina en la bola de cristal aunque Morgana quisiera ver a otras mujeres que pudieran ser brujas como nosotras.

—Morgana, en breve ella precisará de ayuda, de nuestra ayuda.

—¿Estás segura, querida Lilith? No termino de creer en el supuesto potencial de tu prima. Es innecesario malgastar mi energía en una mortal que pretende construir edificios toda su vida y llenarse de hijos. Tú deberías hacer lo mismo, guardar tus poderes para otros trabajos. Acuérdate de que más tarde recibiremos clientes que necesitarán de nuestra magia.

—Ella necesitará de nosotras en breve, veo en su destino a un hombre que perturbará su existencia. Más que un hombre es una maldición.

—¿Se trata de un hechicero?— Florence se moría de curiosidad.

—No. Un mortal, pero igualará a Gonzalo en egoísmo y manipulación. Ese hombre pondrá su vida patas para arriba.

Morgana sonrió de costado acariciando la serpiente de su cuello.

—Entonces tal vez cambie esa actitud tan blandengue que tiene.

—Eso ocurrirá, porque ella lo querrá tener, pero ese hombre le huirá.

—Se enamorará— dijo Florence con voz apesadumbrada mientras abrazaba a su gatito.

—Y necesitará de nosotras— exclamó Morgana.

Sobre nuestras cabezas, la luna reinaba como dueña y señora del cielo.

FIN

